

Este libro que hoy presentamos a los lectores nos recuerda que todos podemos compartir la ira por las injusticias sociales, la soledad, el amor, el adiós, la pérdida y hasta la rebeldía. Todos tenemos algo que decir, una historia que contar o algo que sentimos y buscamos expresar. Hacemos poesía o narraciones, guardamos silencio o cantamos. Todo es parte de una misma condición. Esta humanidad conflictiva y casi inaprensible, pero experimentada y compartida, es la que se revela a través de los trece autores policiales que antologamos en "Azul espejo".

Azul espejo

Azul espejo

Antología de escritores policiales

SEUNPH

ISBN: 978-99979-929-4-9



9 789997 992949

SEUNPH

AZUL ESPEJO

Antología de escritores policiales

Literatura policial
SEUNPH

AZUL ESPEJO

Antología de escritores policiales

UNIVERSIDAD NACIONAL
DE LA POLICÍA DE HONDURAS



Literatura policial

AZUL ESPEJO

© Universidad Nacional de la Policía de Honduras

Derechos reservados

Primera edición enero de 2025

ISBN 978-99979-929-4-9

Aprobación

Comisionado general José Reinaldo Servellón Castillo

Rector Universidad Nacional de la Policía de Honduras

Sello Editorial de la Universidad Nacional de la Policía de Honduras
(SEUNPH)

Selección

Subinspectora auxiliar Marilyn Nicole Izcano

Subinspectora auxiliar Lucía Andino

Subinspectora auxiliar Ana Elsy Chávez

Lesly Díaz

Comentarios a las obras

Sello Editorial de la Universidad Nacional de la Policía de Honduras
(SEUNPH)

Edición

Óscar Rolando Urtecho Osorto

Corrección ortográfica

Subinspectora de Policía Marilyn Nicole Izcano

Subinspectora de Policía Lucía Andino

Subinspectora de Policía Ana Elsy Chávez

Portada diseñada utilizando el Creador de portadas de Kindle Direct
Publishing (KDP)

Se prohíbe la reproducción de este libro sin la autorización del Sello
Editorial de la Universidad Nacional de la Policía de Honduras.

ÍNDICE

PREFACIO	14
POESÍA	16
Jerson Meza	18
Imaginación.....	20
Contraste	21
Polos opuestos.....	22
Rosas	23
Derrota.....	24
Carolina Fuentes	26
Volver a mi niñez	28
Brilla	30
Alas rotas	31
Seducción de luna	32
Decirnos adiós	33
Huérfano	34
Dolor de mujer	35
Marcos Aguilar	36
Abusos y traumas	38
Me voy	39
Bella oscuridad.....	40
DN.....	41
Linder Diamar Serrano	42

Hoy me siento Dios.....	44
En un día de la madre	45
Verosimilitud del artista catracho	47
El vendedor de pan.....	49
Catástrofe poética	51
El nacimiento de Gabo	53
Reflexiones de un loro mitad cíclope.....	56
La poza del muerto	58
Elmer Leonel Gómez Ramírez.....	60
Mundo.....	61
Éxitos	62
José Luis Duarte Zapata	66
Quién no se enamora de usted	68
La primera carta.....	70
Mi última carta.....	71
Dos mil veinte	72
Nuestra canción.....	73
Fernando Yanes	74
Cuando me necesites	76
La primera última cita.....	78
Secreto del adiós.....	80
Flor de loto	81
Te quiero	84
Para cuando me conozcas.....	86

Tatiana Amador	90
Hazme el amor	91
Despedida.....	92
Querida hermana.....	94
Ya no más.....	96
NARRATIVA	98
Jeremías Cáliz	100
La música del alma.....	102
Martita y el lunes que nunca fue	105
Josué Cadenas Ochoa	110
Inicio de la esperanza	111
El vacío después del adiós	114
Jairo Adalid Artica	118
Perfil criminal.....	120
Policía interior.....	122
Antes nunca tuve nada	124
La cadete de la que me enamoré.....	126
Karen Verónica Martínez Hernández	130
Donde empezó todo.....	132
Convertirme en madre	135
Cisne Negro.....	138
¡Oficial, oficial, me acaban de asaltar!	140
Ese pájaro es mío	146

PREFACIO

Óscar Urtecho

La literatura es una forma de comunicar la experiencia que todos los seres humanos tenemos con el mundo, con los objetos, las personas y hasta lo infinito. Es una herramienta para transmitir lo indefinido, eso que elaboramos mientras vivimos, que está como prisionero en nuestra mente y que buscamos compartir. Es entonces una forma de entrar en contacto, de hacer entender a los otros esas cosas que nos hacen parte de la humanidad, que son las mismas para todos, pero que sentimos de una forma infinitamente personal. La literatura es eso que hacemos para combatir la soledad y el vacío, para construir la comunidad humana. Somos seres que tienen algo que transmitir, por eso somos seres sociales. Esto nos iguala a todos, incluso cuando algunos juguemos roles distintos.

El papel que nos toca desempeñar en la sociedad, nuestra cultura y el lugar donde estamos ahora pueden crear la ilusión de distancia, de diferencia. Del otro, ese que no somos o que no pertenece a nuestro grupo, esperamos que sea diferente. Si ese otro es percibido como hostil o el contrario, lo pensamos inhumano, incapaz de la sensibilidad que nosotros tenemos. Quizá por eso es tan inesperado un libro de poesía y narrativa escrito por policías, porque vemos en ellos a funcionarios dedicados

Azul espejo

específicamente a un fin, y por este trabajo les hemos asignado características que los cohesionan y nos separan a nosotros de ellos. Esas características excluyen la contemplación de la belleza o la necesidad de elaborar y expresar su mundo interior. Les restamos humanidad.

Por eso es tan importante este libro que hoy presentamos a los lectores, porque humaniza a los policías y nos recuerda que todos podemos compartir la ira por las injusticias sociales, la soledad, el amor, el adiós, la pérdida y hasta la rebeldía. Todos tenemos algo que decir, una historia que contar o algo que sentimos y buscamos expresar. Hacemos poesía o narraciones, guardamos silencio o cantamos. Todo es parte de una misma condición. Esta humanidad conflictiva y casi inaprensible, pero experimentada y compartida, es la que se revela a través de los trece autores policiales que antologamos en "Azul espejo". Se trata de una selección de los trabajos iniciales de ocho poetas y cinco narradores. Algunos de ellos ya han publicado sus propios libros, para otros representa esta su primera publicación. Entre ellos hay tres mujeres, nueve hombres y un misterioso autor cuya identidad desconocemos. Todos trabajan en el servicio policial. Todos creen en la literatura como forma de entablar un diálogo con el mundo que los rodea. En los textos de "Azul espejo", todos podemos vernos y compartir humanidad.

POESÍA

Azul espejo

Jerson Meza

Nació en Tegucigalpa el 11 de enero de 1989. Egresó del Instituto Técnico Nueva Suyapa como perito mercantil y contador público, en 2008. En la Universidad Nacional Autónoma de Honduras estudió la licenciatura de Pedagogía y Ciencias de la Educación; se graduó en 2016. Después ingresó a la Academia Nacional de Policía (ANAPO) y en diciembre de 2017 se convirtió en subinspector de policía en el área de los servicios. Tiene dos libros de poesía terminados, que están en proceso de edición y publicación.

Comentario

Los poemas de Jerson Meza están escritos con ternura, sensibilidad e inocencia. En ellos sentimos la tensión que existe cuando dos seres que se atraen son como los dos polos opuestos de un imán. En ellos el amor es peligroso, cansado y causa sufrimiento. Su existencia, su corporeidad, está construida con la fuerza del deseo por el otro y los sueños compartidos, aunque sean efímeros y estén hechos tan sólo de una cálida y húmeda noche. La derrota es el final del amor (debería entonces anticiparse como se anticipa la muerte), pero los recuerdos tienen que sobrevivir en la misma luz clarísima y pura que les dio vida, en un mundo de ficción donde todo puede tener la perfecta

Azul espejo

delicadeza de una flor. Para Meza, escribir es dejar que la imaginación escape y que el amor sea en ella ese lugar donde se puede ser feliz con el otro.

Imaginación

Hoy escapó la imaginación,
se soltó y no estaba presa,
decidió emprender un viaje
donde solo puede ir ella.

Y es que ella sabe mucho,
ha estado en todas partes,
y aunque no lo haya estado,
puede estar porque es su arte.

No tiene dueño,
no tiene horario,
es como el viento
que va a cualquier lado.

Es como un cuento o una novela,
vuela sin alas, corre sin piernas,
da a veces a la gente implorando ser amiga,
invitando a tener sueños a quien casi ya no respira.

Azul espejo

Contraste

Entre tú y yo, hay una conexión,
química del cerebro con el corazón,
como la luna con la tierra,
como acorde con mi canción.

¡No intentemos mentirnos!
No reprimamos nuestras ganas,
el deseo desbordado en la mirada,
el eco de mi voz en tu interior.

Coincidimos en lugar y tiempo,
contraste perfecto, tamaño y forma,
como las estaciones en el año,
balance exacto que asombra.

Y somos tan opuestos como polos,
como el día y la noche,
como la paz y la guerra,
como el sol y la luna, necesarios el uno del otro para vivir.

Polos opuestos

Tú y yo somos polos opuestos,
atraídos por el deseo,
envueltos en una novela
que irán narrando nuestros besos.

Para el mundo es incorrecto
que te ame y que me quieras,
alucinando que eres mía
y realmente no lo seas.

Que llegué cuál extranjero
a poblar tierras con dueño,
pero se veían tan desiertas
que quise allí plantar mis sueños.

Cada día desde entonces
cultivé un cariño sincero,
alimentando en cada beso
sin prestar atención al tiempo.

Será muy triste el mañana
cuando el forastero deba marcharse,
pues verá todos sus sueños
en la tierra marchitarse.

Sabrá entonces esa tierra
que hubo un hombre que la amaba,
la soñó y la encontró,
pero ya estaba ocupada.

Azul espejo

Rosas

En una mañana fresca,
me paré frente a ella y la saludé,
le dije: “Eres muy hermosa”.
Respondió, vanidosa, “¡Lo sé!”

Sobresalía en ella la pasión,
el encanto y la ternura,
un color rojo que extasiaba
y un verde adornando su figura.

Le dije con voz cálida:
“Te necesito para llevar alegría
a la mujer que estoy amando.”
respondió con dulzura: “¡Lo sabía!”

Pregunté luego: “¿Te sacrificarías?”
contestó: “¡Por supuesto que lo haré!”
Solo entonces la llevé conmigo,
y a mi amada la entregué.

Al verla, sonrió,
dijo las gracias y la abracé.
Dos rosas juntas son más hermosas;
en ese momento, lo pude ver.

Derrota

Se esfumaron las ganas, el deseo,
perdimos juntos el norte, nuestro sendero,
el horizonte que quisimos alcanzar se nos fue;
el arcoíris de la vida se pintó de gris.

Nos culpamos por todo y por nada,
echamos a la basura los mágicos momentos.
No te acuso ni me acuses por casi nada;
no permitas seguir ensuciando las memorias.

Fui diligente en amarte a pesar de todo,
olvidando nuestro oscuro pasado por el bien amado.
Pero no sirvió de mucho el incansable esfuerzo;
al final venció la razón, no hubo más palabras.

El amor es peligroso, complicado, cansado,
es entregado, sufrido y sacrificado.
Entregar los sentimientos es cuestión de gallardía,
aferrarse aun sabiendo que terminará mal...

Azul espejo

Carolina Fuentes

Nació en Nacaome, Valle, el 3 de marzo de 1994. Egresó del Instituto Técnico Departamental Terencio Sierra como Bachiller en Ciencias y Letras. En la Universidad Nacional Autónoma de Honduras se graduó en la Licenciatura en Historia y es pasante de la Maestría en Investigación Educativa en la Universidad Pedagógica Francisco Morazán (UPNFM). Tiene el rango policial de subinspectora auxiliar. Próximamente publicará su primer libro de poemas con el Sello Editorial de la Universidad Nacional de la Policía de Honduras. Actualmente trabaja en la elaboración de texto sobre la historia de la institución policial.

Comentario

En un tono suave y con la claridad de unos versos sinceros, Jeimi Carolina Fuentes esconde una rebeldía poderosa, un grito de independencia. Su poesía está cargada de una rabia que estalla contenida, es un reclamo contra las injusticias del mundo, contra las palabras y los hechos que ofenden y cosifican a la mujer, pero también hay en ella una profunda sensualidad, una mirada a la intensidad de lo prohibido, a

Azul espejo

las pasiones de alguien que se deja abrasar por el placer en las noches de luna. La inocencia que perdemos en las relaciones cotidianas, la nostalgia por lo que fuimos y la vida que dejamos atrás, la aceptación del adiós, la conciencia de que todo final es un comienzo, sentir que la muerte de un amor es un largo instante que nos deja siempre en libertad para amar nuevamente. Todo esto está en la poesía de Fuentes, que es como un corazón que late en calma, pero con la fuerza de un terremoto.

Volver a mi niñez

De niño deseaba crecer y ser adulto,
hoy solo quiero volver a mi niñez,
donde siempre fui feliz
y jamás me preocupé.

Qué irónica la vida,
estoy deseando regresar el tiempo,
cuando antes quise adelantarlo,
sin imaginar la responsabilidad de la adultez.

Sólo deseo ser niño otra vez.
¡Quiero correr, gritar, bailar!
Jugar como lo hacía ayer, sin parar.
Que los problemas diarios no me vuelvan a preocupar.

Quiero jugar con mis juguetes,
sin que estos me tengan que gritar
y que no lloren sin parar...
¡como lo hacen los niños de verdad!

Quiero abrazar en las noches a mamá
y que ella me proteja sin tener que marcharse.
Quiero levantarme en las mañanas e irme para la escuela
y no tener que ir a trabajar.
Ponerme mi uniforme
y no tener que preocuparme todos los días por qué usar.
Ser yo y no tener que complacer a la sociedad.
¡Quiero ser un niño una vez más!

Azul espejo

Quiero obedecer a mis papás
y no a un jefe que grita sin parar,
quiero sonreír y jugar con mis amigos,
sin hipocresías ni falsedad.
¡Sólo deseo ser niño una vez más!

Brilla

Brilla tanto que a los demás les moleste tu luz,
brilla como la luz de la luna, como el sol de cada
atardecer.

¡Porque siempre debes ocupar el lugar que mereces!
Y será la vida quien coloque la luz que te corresponde.
Porque algunos brillan con ayuda,
pero otros brillamos por los esfuerzos,
con la ilusión de lo imposible,
los sueños y las metas de un mañana.

Azul espejo

Alas rotas

Salí de casa un día,
vestida de rosa, deseando volar como las mariposas.
Creyendo en mí y en lo que podía hacer,
pensaba que era fuerte y que podía correr.
Llena de ilusiones,
sin conocer el mundo al que me enfrentaría.
Sin saber que la sociedad me frenaría
¡y mis alas rompería!
Convirtiendo mis sueños en pesadillas,
mi mundo quedó lleno de melancolía.

Seducción de luna

En las noches de luna llena,
mis pensamientos más oscuros atormentan mi
 mente,
poseyéndome en cuerpo y alma.
Aunque me resisto, me gana el deseo...

Un gran escalofrío recorre mi piel,
deseando lo prohibido!
Las pasiones me sobrepasan,
dejándome llevar por el placer,
he convertido mis fantasías en realidad
sin haber marcha atrás!

Decirnos adiós

Me costó aceptar que no eras para mí,
que tu estrella brillaba en otro cielo.
¡Y que debía dejarte ir!

Insistí tanto en amarte...
en que me amaras,
que terminé haciéndonos daño,
porque soltarte no ha sido fácil.

Y aunque me costó entenderlo,
hoy creo, amor, que somos diferentes,
que no debo ser más tu sombra
ni tú mi sol.

Que siempre es mejor dejar ir el dolor...
Así que vuela lejos, alma mía,
que sé que me espera otro amor.

Huérfano

A veces tengo la sensación vacía
de ir al lugar que todos llaman hogar...
¡Ese lugar seguro donde te espera mamá!,
al que todos van en los momentos de tristeza
o felicidad.

Al lugar que la vida me negó,
dejándome lleno de dolor y solo.
Reclamo en los fríos de invierno en mi soledad,
¿Por qué no hay un lugar así para mí?

Con lágrimas sobre mis mejillas,
mi corazón se hace pequeño cada Navidad.
Y rompiéndome en mil pedazos,
se me hace difícil el poder continuar.

Dolor de mujer

Yo que no tuve oportunidad de elegir mi camino,
que a través de la historia se me ha tachado de débil
porque mi sexo, en la boca de otros, me definió
sin conocerme,
clavando en mí heridas.

A mí, que me señalaron por cómo me vestía,
sin saber mi dolor,
no me dieron oportunidad de defender mi honor,
matándome una y otra vez en vida.
Me tocaron, abusaron de mi cuerpo,
y de mi alma se burlaron.
A mí, que por la fuerza me hicieron bajar mi cabeza,
por ser mujer...

¡Porque ser mujer duele!
Porque otras mujeres, a pesar de ser
del mismo género,
me han juzgado sin tener certeza.
Duele tanto que me ha toca callar
cuando solo quiero gritar.

A mí, que me tocó ser mujer.
Que la vida me ha costado tanto
solo por ser mujer...
¡Porque ser mujer duele!
Mujer me tocó ser.

Marcos Aguilar

Nació en La Ceiba. Atlántida, el 16 de septiembre de 1996. Es egresado de la Escuela Normal España Villa Ahumada como Maestro de Educación Primaria y de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras como licenciado en Informática Administrativa. Es analista y desarrollador de software. Ganó el segundo lugar en el concurso regional de poesía en la UNAH-Tec de Danlí.

Comentario

Los poemas de Marcos Aguilar tienen la profundidad de la reflexión filosófica y la contundencia de la crítica social. En ellos quiere mostrarnos el sufrimiento humano, pero también denuncia sus causas. Por sus versos desfilan la oscuridad y las desgarraduras que marcan el alma en la corriente de la vida. Aguilar retrata una sociedad – puritana– que es como una lápida sobre una mujer atribulada, la mezcla de tristeza y esperanza que significa para un padre abandonar a sus hijos (con sensibilidad describe el frío que se construye con ausencia en el hogar y las palabras de consuelo que una madre dice suavemente, para entibiar la infancia), cómo lo vivido nos duele en el

Azul espejo

presente, nos atormenta hoy incluso nuestro sufrimiento pasado, y la indiferencia de todos ante el padecimiento ajeno. De estas amargas raíces surge una pregunta que hace que estos trabajos poéticos tengan el peso de un ladrillo sobre la conciencia humana: “¿Cómo esperar que la luz penetre/a las almas frías e indiferentes/que a mi alrededor sólo ignoran/el dolor que en su vida desentona?”

Abusos y traumas

Sombras del pasado me acosan,
morirán si no se alimentan
con dolores y otras cosas
que sólo al mal recuerdo tientan.

Con inocencia invocan una
tenebrosidad inhumana,
proveniente desde la cuna
y de una oscuridad temprana.
Sus agudos ojos y colmillos
resquebrajan a este endeble
presente, que como cervatillo
se mantiene tanto como puede.

En mi lasitud busco mejores
estados que la sumisión,
peor, son sueños de albores
que desaparecen sin fulgor.

¿Cómo esperar la luz que penetre
a las almas frías e indiferentes
que a mi alrededor solo ignoran
el dolor que en su vida desentona?

Azul espejo

Me voy

Desde hoy la ausencia será mi reemplazo,
mantendrá el hogar frío hasta mi regreso;
como su padre no los querrá tanto,
pero cuidará de su llanto en silencio.

Al alba la tristeza será el sentir
asfixiante de sus querellas tibias.
Su madre se verá obligada a decir
consuelos hasta que el dolor inhiba.

Punzante en el extranjero el astro rey
perpendicular castigará el trabajo
y me recordará lo que hoy dejaré
entre cada tosca lágrima y agravio.

La oscuridad repentina caerá,
uniendo con soledad nuestras almas.
Promesa de retorno les diré:
"Volveré para verlos dormir en sus camas".

Bella oscuridad

Con brío clandestino
liba el astro su vino.
con copa negra en su alma,
y gala negra en su palma

Despista sus intenciones,
lo lleva a los balcones;
detrás un aire afilado
y punta de metal templado

Rebana complaciente
con su faca ferviente
y una sonrisa siniestra,
una yugular expuesta.

Azul espejo

DN

Recuerdo mortal que parece fantasía,
aturdiéndola días y noches en vano.
Mientras cariñosamente toman sus manos,
se pierde en la penumbra de la niebla, dormía,
anhelando con furor el calor humano
que en la inocencia del mundo antes vivía.

Arrancada su pureza de sus entrañas,
la carne se enrojece y muere su romance;
gime y llora por el cariño arrebatado,
mientras el frío la hace sentir extraña.
ciclo indefinido de decepción en trance,
la piedra al corazón ha infectado.

Convulsiona por la opinión puritana
de una sociedad perversa e hiriente;
reprime incógnito su ser, su propio ente,
negándose a entregarse completa, aclama
solo al placer se entrega vehemente
hasta que la relación supere la cama.

Escapando la fuerza, continua la lucha;
soledad embarga los gritos de su alma.
Una mano que le de aceptación y ayuda
surge misteriosa y sorpresiva de la nada;
enseña sobre el cariño autocomplaciente

Linder Damar Serrano

Nació en marzo de 1986 en la ciudad de Comayagua, Honduras. Licenciado en Letras con Orientación en Literatura, graduado en la Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán, y licenciado en Periodismo de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras. Actor, escritor, cantautor y productor audiovisual, exlocutor de Stereo Magistral 89.9, donde trabajó en los programas El Escape, 5ntrol, Gracias Totales y Rock en tu Idioma. En 2023 ingresó a la Academia Nacional de Policía, donde obtuvo el grado de subinspector en el área de los servicios.

Comentario

Linder Damar Serrano es el poeta más atrevido y poco convencional de esta antología. No teme dejar un calcetín juco entre sus versos o jugar con el nombre de Macondo, no teme denunciar la frustración del artista, renunciar a sentirse Dios por amor a una mujer, dejar por ahí, como al descuido, la palabra trompa, dislocar la gramática de un verso o repetir una frase para martillar la idea en el pecho del lector. Para Damar, lo importante es dinamitar el lugar

Azul espejo

común, el pensamiento prefabricado. Sacrificar la estética para decir algo que sea tan real como un ser humano. La poesía es una fuerza de la naturaleza que invoca para liberarse, donde fluye el río de la infancia, la voz de la madre, el beso deseado o la vida de los hambrientos. Todo cabe en estos versos, extravagantes (porque los brazos de una mujer pueden ser cuellos de jirafas o un cable de teléfono enrollado en el cuello), hechos de una ternura triste (porque nos aplastan las hojitas/ el tallo,/las raíces) y de nostalgia por algo que muchas veces no podemos tener: la simplicidad de vivir haciendo lo que amamos. Serrano quiere crear con sus versos un universo propio.

Hoy me siento Dios

Hoy me siento Dios,
porque conozco cosas que sólo él conoce...

Hoy me siento Dios,
porque puedo ver tu alma desnuda
en un antiguo silencio...

Hoy me siento Dios,
porque la transparencia de tu espíritu
es evocada ante mi oído...

Hoy me siento Dios,
porque conozco tus miedos
y tus más grandes tristezas...

Pero, sobre todo, hoy me siento Dios
por contar con un amor que se profesa puro
puro y fiel...

Pero no soy Dios...
Aunque tenga acceso a lo que sólo Él, tú y yo sabemos...

Siendo Dios,
mi corazón no podría amarte como quisiera,
¡ah!
¡Qué bueno es no ser Dios!
Pero qué bueno es también
poder amarte bajo su nombre...

Azul espejo

En un día de la madre

A veces he querido que sus brazos sean cuellos de jirafa
para cruzar las fronteras...

Y a veces recuerdo que esos brazos
fueron un cable de teléfono enrollado en mi cuello
que cantaban "dólares" en mi oído
pero que no daban calor...

De vez en cuando quisiera que ya todo esto parara...

Que el tiempo se detuviera
en el recuerdo de un beso
de esos que no me gustaban en la trompa...

O en esas noches de futbolito en el colegio
o en una cantada del himno en la cancha.
o qué sé yo...
quizá...

...En una de esas visitas al mundo maravilloso de la base,
tomado de la mano de mi ángel.

O de repente en el paisaje de un dibujo
que adularan sus compañeras de colegio
y caminar en él
pero a su lado...

A veces quisiera ser un avión
para traerla con mis alas
o navegar en estas lágrimas

sobre una tabla de surf
hacia su abrazo...
No lo sé...
Quizá algún día
nos convirtamos en pájaros...

Verosimilitud del artista catracho

Pez de oro del silencio.
Palabras inconclusas
se aferran a mi boca...

Comunicación de horizontes
truncada;
sueños de tiempos,
golpeando a Morfeo.

Ilusión,
planes eran,
ahora: ilusión...
¿En qué momento
el alba decide
asesinar la noche
y abandona su sueño
de alcanzar las estrellas?
Vida estática,
desconsuelo,
abandono,
sedentarismo de calcetín juco.

La bohemia encarcelada,
los versos reprimidos,
el teatro sin voz,
la guitarra en su ataúd...
...fatal destino de un autor...

Ocupación convencional

con garras sucias,
hala la vida
hacia la muerte.
Cultura inculta
de audiencias con hambre
obliga a callar
a la bella canción.
Sobrevivir,
ocuparse en el área
que llene el saco
de esa misma hambre...

Triste negación
de la vida,
del artista...
Letras sin tinta.
Danza sin cuerpos.
Deformes máscaras,
de vidas cotidianas...
...Fatal destino de un autor...

El vendedor de pan

No tengo dinero para comprarle su producto,
pero el sable del hambre
me punza en este instante...
Todo se mueve a través del cruel verdugo...
Coquetea el rico olor
y el incesante dolor abraza mis entrañas.
¿Se habrán olvidado las nubes de comprar
el agua de la lluvia de este día?

Las llantas del deceso van cruzando por mi cuerpo...
¡No!
¡No lo tengo!
Quiero...
Siento...
Necesito...
Hay un rugido en las fauces de la desgracia,
en su mirada,
también lo escucho, señor,
sé
que también la tiene.
Somos dos peones del gran tablero,
los sacrificados...
¡Los entregados,
al filo fiero del colmillo!
Nos muerden...

Somos
la vanguardia del dolor...

Emerger pétalo a pétalo,

resurgir a nuestra rosa...
... (sueño dormido).
Nos aplastan las hojitas,
el tallo,
las raíces...

Y el hambre
(sí, mi estimado vendedor de pan)
es nuestra asignada compañera,
y la muerte
muere por besarnos.

Catástrofe poética

Que una tormenta me parta,
una tormenta de poesía.
Que un rayo de inspiración me destruya
y no deje fuera de él
ni un milímetro de mí...

Que me calcine el fuego,
fuego de los llanos eternos
donde crecen campos de letras
y parras de versos...

Que me ahogue un siroco,
que cause un derrumbe sobre mí;
que me aplaste la cabeza
un deslizamiento de ideas.

Que se incendie mi alma,
de ser posible por las noches;
que el bosque neuronal
entre en calor y se incinere.

Que un tornado envuelva
a diario mi pensamiento
y haga volar desde el alma
hasta el papel los sentimientos...

Que no me desampare
la naturaleza madre,
y que me regale el don
para poder cantarle.

Que un huracán me vuelque
los techos del cerebro;
mar de poemas y acordes,
inundad mis aposentos...

Que el trueno de la verdad
se manifieste en mi voz
y en cada pluma retumbe
de las alas de mi Patria.

Que no me abata nunca el frío
que congela el corazón humano;
que huya de mí la nieve...

Que del sufrido sienta el calor
y pueda tenderle la mano.

Pero que sí me venza el tiempo
como a los lirios de las tumbas
del cementerio,
guardianes de un verso muerto.

Que me destruya, en fin.
Que me destruya la poesía...
Que me destruya si desea,
pero que venga por las noches
a tocar siempre mi puerta...

El nacimiento de Gabo

*Los seres humanos no nacen para siempre el día
en que sus madres los alumbran, sino que la vida
los obliga a parirse a sí mismos una y otra vez.*

Gabriel García Márquez

Como un hilo de sangre en la nieve
provocado por una lejana rosa,
tu magia realística seguí
en la adolescente travesía,
hasta llenar mi alma
de tu imaginación colorida.

Tus putas hoy están más tristes,
pues has tomado el boleto del tren difuminado
en el arcoíris blanco del ascenso.

Una lluvia de flores amarillas cae desde el cielo...
Hoy naces,
te parís nuevamente al mundo.
Maestro,
Latinoamérica es tu corazón
y no deja de cantar tu sueño:
Macon... Macon... Macon... do
Macon... Macon... Macon... do
¡Buen día, Aureliano!. ¡oh!
Aureliano Buendía
al que un buen día
leí cien veces
como a cien años...

En una carreta
transportaste a mi Cándida,
a quien seguí
para regalarle en un sueño
un poco de mi libertad...
La Eréndira sacrificada
también siguió su sangre en los desiertos,
no en auto rojo
sino
en una carreta...
comiendo muchas veces
de la misma mierda
que comió el coronel...
que ahora sí tendrá
quien le escriba de lo alto,
al menos explicándole
por qué el gallo le cantaba
madrugadores poemas.

Hoy te pariste,
maestro,
hoy inicia tu verdadera vida,
el árbol eterno de tu gloria,
longevo,
raíces plantadas en los hemisferios de la humanidad,
de mi corazón...

Compartimos un mismo tiempo,
un mismo espacio
que se extiende
desde ahora
a cada punto de tus letras,
a cada vista sedienta

Azul espejo

de tu magia-realidad...

Hoy te parís...

Hoy te parís de nuevo, Gabo,

hoy te parís para siempre...

Hoy,

justamente hoy,

empezás a vivir,

maestro...

Reflexiones de un loro mitad cíclope

Otra vez un lienzo en blanco
Un lienzo breve
esta vez electrónico...

Llega esta soledad de nuevo
escala mis huesos
rampa entre la desgracia.

Otra vez me encuentro ante estos infinitos
que confluyen,
que se regeneran,
Que apuntan y explotan a mi pecho
que martirizan mis galaxias

Palabra escapada
¿dónde has ido?
¿Dónde has ido hermana esperanza?
¿En dónde se oculta el logro de un sueño?

¿Por qué todo en esta vida tiene que ver con dinero?
La construcción de las orquídeas,
el descenso de los inertes,
la acumulación de rocíos estelares...

Quiero volver a tener el verso a flor de labio,
que los ríos de películas fluyan en un guion interminable
volver quizá
a sentir los besos de mi madre,
a escribir un cuento en el que los abrazos no sean
ficticios,

Azul espejo

que el infinito se defina en el amor
de nuestros seres más cercanos...

Volver quizá
a sentarme en una biblioteca a leer,
o mejor aún, a escribir mi universo,
y no a buscar la conexión wi-fi.

¿Quién nos dijo que con un par de limones hay que hacer
limonada?

¿Por qué no
hacer una mermelada,
un té,
un pastel,
o un arcoíris de un sólo color,
verde intergaláctico?
o lo que se nos venga en gana

¿Quién coartó nuestra libertad?
¿Quién manipula nuestra mente?
El político de turno,
nuestra mamá,
la televisión,
el internet,
nuestra pareja,
¿Quién?
¿Quién?
¡¿Quién?!

La poza del muerto

Frente a estas aguas, fuertes como huracán,
vaga el espíritu de un muerto...

Veo
sobrevolando mi lápida, sobre las inminentes aguas;
es
en definitiva
la lápida de mi valor
mi desencuentro con la Madre...
...Madre naturaleza.

Retrocedo en el tiempo
y estas aguas son un espejo
que salta, tras las décadas olvidadas.

Que me susurran los gritos de muerte
de tres niños sobre una roca;
los alaridos de auxilio de dos almas
abrazadas por la furia de la corriente.

Hoy es mi reencuentro con la Madre.
Los pulmones se me llenan de espíritus,
se agitan...
Mi mente concede el permiso al temor
y te observa cuidadosa, ¡oh! fecundo río.

Hoy nacen leyendas
desde la podredumbre de desechos, entre los dientes.
Circunda el espíritu adyacente,
ahogado en su desesperación...
casi nos besa las espaldas.

Azul espejo

Hoy es mi reencuentro con el niño...
aquel que temió y olvidó
aquel que resurge en lo verde de las aguas.

Hoy renazco
desde la entraña de esta hada acuática.
Hoy renazco
aquí
acompañado de los lamentos silenciados por el agua
tras segundos de lucha.
Hoy renazco o muero...
con el frío en los huesos
aquí
en la poza del muerto.

Elmer Leonel Gómez Ramírez

Nació el 6 de septiembre de 1993 en Ojo de Agua, El Triunfo, Choluteca. Es perito mercantil y contador público, tecnólogo de alimentos, máster en salud y nutrición, catedrático universitario y maestrante en finanzas. Egresó de la ANAPO como subinspector auxiliar de Policía-

Comentario

Elmer Leonel Gómez Ramírez invita con sus versos a sentir la grandiosidad de la existencia, a trabajar con denuedo por lo que se desea, a amar el mundo, a que la tierra quede marcada positivamente por nuestros pasos. Si todo lo que nos rodea es magnífico, si cada gota de agua es una maravilla y cada latido del corazón un milagro, si todo es posible para el que se esfuerza, cada uno de nosotros tiene la obligación de ser extraordinario. Hay cierto optimismo en el fondo de estos versos, cierta felicidad parecida a una luz. Esa sensación es envidiable, aunque las palabras con que se expresa son todavía las de un escritor en formación.

Azul espejo

Mundo

Era mi pensamiento de primer mundo,
en un mundo humano donde se contaba cada segundo,
pero, ahora, la realidad de la sociedad,
sigue siendo más dura que la cura y de tercer mundo.

Es mi filosofía en pensamiento,
que todo cambia, todo.
Y nos pone en qué pensar o se queda en amnesia,
en un mundo con poesía.

El mundo será diferente a diario,
incluyendo cada día del calendario.
Entonces les pregunto ¿de quién es su mundo?
Ha de ser suyo, puede ser mío.
Ya que, en este mundo, lo material sin dinero es caro,
aún más cuando el precio aumenta, si comparo.
Entonces, si el mundo es súper,
por ende, el amor al mundo debe ser superior.

De día y de noche el mundo concursa con sus maravillas,
caso contrario, mi mundo se queda en utopía.
por consiguiente, recordar siempre
que nuestro planeta tierra es extraordinario,
aun en el presente.
ya que el mundo es de uno, de todos y de cómo lo nutres,
para aprovechar el tiempo y para que lo administres.

Éxitos

Salir de la zona de confort,
nadie dice que ser el arquitecto de sí mismo es fácil,
sin embargo, se inicia con palabras orientadas al éxito,
dejando mensajes que rompen barreras mentales,
aperturando caminos imaginarios hacia el triunfo.
Triunfo que mentalmente sea más creador,
si el proceso no es imposible, pasa a ser difícil,
lo cual ya es ganancia, por el significado práctico,
no sólo escrito,
qué emoción por acción de lo difícil, al sentir y vivir
cuando se vuelven reales,
el resolver la lista de éxitos, pasando la firma
a ser un autógrafo.

El ser pensante tiene el derecho al éxito,
por leyes universales, sin lugar a dudas.
También tiene el deber de cumplir los sueños y de ser
agradecido,
dando el extra de sí mismo, al lograr la primera idea
y seguir dando.

Acaso todo tiene un precio.
Porque ser una persona de éxito tiene un costo,
semejante al importe de la información,
donde la búsqueda privada es gratis
solo en la imaginación,
sin embargo, considero vital en superar el miedo
al fracaso y después el costo;
cuidado, porque lo más barato es el menosprecio.

Hay que preguntarse, ¿cuál es el precio del éxito?,

Azul espejo

para empezar, se cancela mucho más que dinero,
sacrificio de muchos y esfuerzo extra,
también se experimenta soledad en el proceso,
frustración en los intentos,
hasta llorar de emoción, todo cuenta;
sin embargo, pienso que el precio es más fácil de poner.
Por ende, es mejor consultarse ¿cuánto se gana
al mantener el superéxito?
Es simple, al obtener la visión, su valor es infinito,
recordando que al perder el valor es difícil de reponer.

¿Cuál es la fórmula del éxito?

Considero que ha de ser personalizada y más.

Primero se puede lograr con la culminación de la meta
en la mente.

Decretando soy exitoso, por gracias de Dios.

Al trabajar por tu propósito.

Si tienes metas serás un exitoso y no lo sabías.

La fórmula seguro que lleva el hacer movimiento
estratégicamente.

Para algunos está en ser innovador con productos
o servicios.

Para otros el plus es éxito.

La regla es simple, si se cumple.

Si te equivocas, puedes pensarlo; pero vuelve a intentarlo.

Ten confianza de éxito y si compites
que sea contigo mismo.

Es excelente tener mentalidad de éxito
y pensar ¿cómo voy hacer?

Con carácter, disciplina, enfoque, inteligencia,
voluntad hacia el éxito.

También es beneficioso saber aplicar el tiempo
inteligentemente.

Para tener calidad de pensamiento, calidad de sueños
y calidad de vida al lograrlo.

El éxito es más que una palabra, con humildad,
es el reflejo de uno mismo.

Recuerda sorprender con tu visión de ganar-ganar.

El éxito puede ser pequeño, pero es éxito.

Ser el mismo con éxito vale oro, cien por ciento.

Siempre buscando nuevas técnicas, estrategias,
métodos para perfeccionar el talento.

¿Cuándo empezar para tener éxito?

Ya, es hora y ahora.

Azul espejo

José Luis Duarte Zapata

Nació en el municipio de Olanchito, Yoro. Tiene 24 años. Actualmente pertenece al Cuerpo de Señoritas y Caballeros Cadetes de la Academia Nacional de Policía General José Trinidad Cabañas (ANAPO), donde cursa su licenciatura en Administración Policial. Su primer libro de poesía se titula “Cartas de un enamorado” (2025) y está en proceso de edición para publicación. De este texto se extrajeron los poemas que se presentan en esta antología.

Comentario

Escribir cartas de amor requiere cierta inocencia, cierta fe en las palabras. Pensamos que el lenguaje es mágico y creemos que bastan unos versos, hechos con toda la ternura que somos capaces de imaginar, con la música agitada del corazón, para que el mundo sea nuestro. Creemos que llevamos adentro un amor tan grande que la otra persona se rendirá sin remedio y nos amará con la misma fuerza. Este tipo de sentimiento lo experimentamos sobre todo en la adolescencia, cuando todo, incluso una mirada, puede ser una tragedia o el paraíso. Nunca estaremos más vivos que en este momento. Aquí es cuando arde el fuego de la vida, cuando podemos cantar desde la

Azul espejo

más profunda inocencia, cuando todo es simple y todo nos confunde porque en nosotros vibra el universo que estamos aprendiendo a conocer. De este juvenil incendio humano están hechos los poemas José Luis Duarte Zapata que presentamos en esta antología.

Quién no se enamora de usted

¡Quién no se enamora de usted!
sí tiene los ojos bellos como el amanecer,
¡Quién no se enamora de usted!
si sus labios brillan como si fuesen de cristal.
¡Quién no se enamora de usted!
si su voz es la melodía más hermosa
que ha de haber.

¡Quién no se enamora de usted!
Con esas delicadas manos
 que no cualquiera merece tener.
¡Quién no se enamora de usted!
con esa sonrisa que despierta mil suspiros en mi ser.
¡Quién no se enamoraría de usted!
Yo por eso me resignaré a que es imposible
 que la pueda tener.

¡Quién no se enamora de usted!
y el que no lo hace,
fuerte es de no caer embelesado
por semejante mujer,
¡Quién no se enamora de usted!
pues su pasado la convirtió en una mujer fuerte
 y con poder.

¡Y quién no se enamora de usted!
El problema que todos se enamoran,
pero ninguno la va a ver
como este simple mortal

Azul espejo

que ya ha aceptado su derrota
ante los que la fingen querer.

La primera carta

Con la mente confusa y el corazón en la mano,
valor tomé para redactarte esta carta;
mis sentimientos serán escritos con tinta
en papel; a través de palabras que sólo un loco
enamorado puede escribir
antes de que la penumbra de la luna se esconda
con el amanecer.

En honor a ti surgieron infinitos sentimientos
que nunca te conté;
espero no sea muy tarde y que mi primera carta
puedas leer.

He aquí mi primera carta;
la que escribi con esperanzas;
empapado en lágrimas, pidiendo
que te quedaras,
pero me equivoqué, pasaste a la siguiente
página y dejaste la anterior incompleta;
no te importaron los sentimientos
que te demostré.

Esta es la primera carta de muchas
que te escribiré por cada día que te piense
y te desee,
hasta que te deje de querer.

Mi última carta

Te escribí esta carta,
considerando que es la última,
asumiendo que mi corazón ha sanado;
la página del libro ya he pasado,
de buscarte ya he dejado;
admito que te llevo en mi corazón y en cada recuerdo
que tú me has regalado.

Entendí que ya no puedo tenerte;
te volviste fugaz para mí,
no sé en qué momento sucedió ni él porqué;
sólo sé que en mi mente ya no puedo tenerte,
acepté que tu amor no me pertenece,
por más que te escriba cartas de amor
ya no puedo detenerte.

Te llevaste mi luz, mi felicidad te robaste;
mi campo lleno de flores con tu partida marchitaste,
esperando tu regreso
mi esperanza se perdió en el abismo de tu desprecio.

Dos mil veinte

El primer día cuando por primera vez te miré;
cómo olvidarlo, aquellos ojitos chiquitos,
tu bella sonrisa, fácil caí,
mi corazón se salía de mi pecho.
Valientemente fui y te hablé.
Por fortuna, tu atención logré tener
a pesar de que al hablarte mi lengua se enredaba,
no perdí mis esperanzas,
de ahí nació la ilusión
de convertirte en mi bella doncella,
pero quién para saber que tu querer
me iba a costar la vida,
el amor más caro que pude tener;
porque me cobró con lágrimas y llantos,
lo más valioso que tenía,
no sabía que lo perdería.

La primera vez que me elevo al cielo
y fácilmente me dejaste caer,
dejándome con la herida, sangrando,
muriendo y restándole días a mi vida,
viendo en gris mi amanecer.

Nuestra canción

En las noches de desvelo,
por primera vez me comporté como un niño,
en pocos meses conmigo te quería,
hubieras visto mi mirada llena de alegría.
Todo fue en vano,
terminé enamorado de tus mentiras.
Era un fin de año anhelado,
por primera vez me encontraba emocionado,
ya todo se había acabado,
lloraba en silencio
mientras las lágrimas
por mi mejilla iban bajando;
admito que vivo escuchando aquella canción
que nos encantó a los dos,
y su letra quedó marcada en mi corazón.

Por las noches busco las estrellas;
todo lo que tenía en la oscura noche se perdió.
La desesperación me enfermó,
me volví adicto
a la melodía de aquella canción,
en ella busco
el consuelo para mi corazón
y no dejaré de escucharla
hasta que cicatrice la herida sangrante
que tu mal de amor me heredó.

Fernando Yanes

Fernando Yanes, autor del libro en prosa y verso *“Tragedia y atardeceres”*, nació en Marcala, La Paz, en 1998, durante el apogeo del huracán Mitch. Se graduó en el año 2016 con el título de Bachiller. Posteriormente entró a formar parte de la Policía Nacional de Honduras, después de ingresar al Instituto Técnico Policial, donde obtuvo el título de Técnico Superior No Universitario en Ciencias Policiales con Orientación en Seguridad Comunitaria y el grado de Agente de Policía. Además, se especializó en Investigación Criminal en la Escuela de Investigación Criminal (EIC) y en la Escuela de Inteligencia Policial de Honduras, así como en el complejo educativo del FBI ubicado en Quantico, Virginia, Estados Unidos. Ha sido un líder ejemplar dentro de su comunidad y se ha destacado en diversos deportes, entre ellos el atletismo, donde ha ganado diferentes medallas nacionales.

Comentario

Los poemas de Fernando Yanes nos hablan de la experiencia del amor, la que se vive en el momento y la que pasó y nos dejó una espina hermosa clavada en el pecho. A

Azul espejo

pesar del adiós, una traición lujuriosa, la fugacidad del encuentro o la fragilidad carnal del nexo, siempre hay en estos versos esperanza, los brazos están abiertos para recibir a quien alguna vez amamos, aunque nos odie. Para Yanes, lo que se fue estará siempre con nosotros, porque es inmortal el amor que una vez unió dos cuerpos. Nos separamos, se apaga el fuego, pero queda el recuerdo, la memoria de la piel que tocamos con ternura ardiente. El tono de sus versos es ligero, tiene la delicada indecencia de los susurros entre las personas que se desean, es feliz, incluso el enojo o la melancolía parecen estar allí sólo porque son materia de poesía. Muchos de ellos están contruidos en parejas de apuestos (por ejemplo: “búscame cuando te sientas vacía/y cuando más llena esté tu alma”, “en la paz de la niebla/ y la furia de la tormenta”, “en las madrugadas/ o en el auge de las noches”). La idea que subyace en esta retórica es que no importan las razones ni las condiciones, los mismos defectos de quien ama, ni el sentirse un poeta maldito importa, al final siempre habrá para el amor un espacio infinito, del tamaño del corazón humano.

Quando me necesites

Búscame cuando te sientas vacía
y cuando más llena esté tu alma.

Búscame entre la paz de la niebla
y la furia de la tormenta,
entre la nobleza del alba
y la tranquilidad del crepúsculo al final del día.

Búscame en las madrugadas
o en el auge de las noches,
no importa...
total,
a la hora que sea
me encontrarás.

Búscame cuando no me quieras encontrar
y cuando más me necesites.

Búscame
que yo estaré esperando por ti.

Pero,
si por alguna razón del camino no me encuentras,
ve al mismo lugar donde ya sabes,
al filo del atardecer,
ahí mismo,
porque desde aquella última luna juntos
no fui detrás de ti,
pero tampoco me aleje de ti.

Azul espejo

Por eso entonces
ya sabes dónde estoy.

Búscame donde siempre
y sabrás encontrarme.

La primera última cita

Nos volvimos a ver
y fue como renacer en otra vida ya conocida.

Allí estabas
esperándome entre la bruma del ¿qué pasará?

Nos volvimos a ver
para tomamos un café
y mirarnos en silencio preguntándonos
¿cómo ha pasado tanto tiempo?

Un silencio memorial nos invadía,
las miradas se decaían
y tus ojos azules me gritaban muchos te amo
mientras tus labios me decían ya no siento amor por ti.

Ese día juraste odiarme
y no recuerdo lo conversado entonces,
pero me dijiste con palabras taciturnas
que debíamos terminar lo que ayer dejamos inconcluso.

Y desde entonces
aquella escapada al valle de los ángeles
fue la puerta que rompió las cadenas
que nos ataban a las melancolías.

Aunque esta fue la primera de nuestras últimas citas,
por lo que pasó durante la compañía
de esa despedida solar

Azul espejo

y los secretos que la luna nos conoció,
el amor nos volverá a unir un día
para recordamos el miedo que tuvimos
a entregarnos al destino del placer.

Secreto del adiós

Que nuestro fruto
resultado de lo que un día llamamos “amor”
nunca se entere
por qué nuestras raíces se desprendieron.

Y cuando por mil motivos pregunte,
no le digas nunca
que un impostor en cuarto grado
de tu consanguinidad
decoró tus espinas
y acariciando tus pétalos
tomó de la miel
que un día fue solo mía.

Mientras tú
te enredabas en su ramal
y atrevidamente
te lanzaste a su lecho sin aroma.

No menciones que fuiste ramera
y como fácil presa,
entregándote en cuerpo y alma,
fuiste su trofeo en aquella habitación,
atrayendo consigo toda maldición
para nuestros planes casi perfectos,
que eran como la gran muralla,
tan fuertes,
pero aun así
con lujuria encarnada
te dedicaste a destruirlos.

Azul espejo

Flor de loto

Querida flor de loto
de luna nueva
en luna llena.

Oye querida
que estas líneas son para ti.

Quiero escribir para hacerte saber
que acosta de poesía
puedo también enamorarte.

Quiero escribirte
que me has hecho renacer
y como símbolo de ello te nombro
mi flor de loto.

Porque como luna nueva
has fortalecido mi alma
haciendo de ella
un nuevo espíritu
con más vida
que el universo completo.

Porque como luna llena
haces brillar mi existir
con tu sola presencia
haciéndome sonreír.

Mi flor de loto

de marzo eterno
—inmarcesible al amor—
naciente en abril de gloria
de dulce color girasol
y visible constelación.

Te escribo
y no desde hoy
te escribo desde ayer
desde los primiciales años
cuando los primeros girasoles.

Desde antes de mi nacimiento
desde aquella vida
cuando locamente
fuimos nuestros primeros amores

Desde antes que tú nacieras
cuando te soñé desde mi vida astral.

Y te escribo
porque te quiero
y te he querido
desde siglos anteriores
con el infinito de la eternidad.

Te escribo
porque te he buscado
y mira mi flor de loto
al fin te he encontrado.

Me has permitido
casi en el linde del destino

Azul espejo

renacer a costa de tu existir.

Mi flor de loto
—vida de antaño—
quédate en mis versos
y permíteme al menos
en un campo de girasoles
bajo el llorar de aurora
recitarte poesía escrita para ti.

Te quiero

Te quiero...

te quiero sabiendo que es un riesgo.

Te quiero de la forma más extraña
porque es raro querer de esta manera.

Te quiero de tal modo que es imposible explicar.

Te quiero cuando siento morir
y cuando más vivo me encuentro.

Te quiero sin pensarlo...
es algo a causa del instinto.

Te quiero del modo más extraño
porque no puedo dejar de hacerlo.

Te quiero sin saber el motivo
y no necesito preguntarme el porqué.

Te quiero con mis ansias locas de querer,
con mis palabras mudas al expresarlo
y con este sentimiento nato de quererte.

Te quiero sin argumentos,
pero sí, con tus defectos
y posiblemente tus virtudes.

Te quiero por tu sonrisa,

Azul espejo

tu humildad
y tu belleza de mujer.

Te quiero por tu valentía.
Te quiero porque brillas
resplandeciente como la luna,
pero te quiero aún,
sin saber el porqué.

Te quiero porque lo mereces,
porque te encontré buscando el amor,
porque eres lucero en mi vida.

Y te quiero
porque quiero morir queriéndote.
Simplemente
te quiero,
te quiero y te quiero.

Para cuando me conozcas

Es cierto que ya hemos fornicado
por no hacer el amor,
y con eso
solo conoces de mí
el sonido de mi respiración agitada

Algo que aún no te dice quién soy.

Ni tú me conoces
y hasta yo me desconozco.

Quizá porque alguien ayer se robó mi sonrisa,
mis pasiones
y mi más grande anhelo.

Y te digo entonces
no soy el poeta que no está maldito,
ni la paz que refleja mi mirada,
soy el titular de un demonio
buscando un alma para renacer.

Ojalá cuando me conozcas quieras amarme
y ese amor te haga las ganas de dejarte amar,

Que en mi oscuridad encuentres la paz
que nadie más te puede dar.

Y que mis demonios encadenados
con tus besos mojados

Azul espejo

puedas liberar.

Ojalá al saber quién soy
aún decidas querer quedarte para mí.

Que las tinieblas de mi alma
no sean un defecto para amarte
sino más bien
la virtud de tu felicidad

Ojalá
cuando me conozcas quieras quedarte
y que en cada alma en pena que habita en mi sangre
encuentres el refugio que quiero brindarte.

Y si quieres saber por qué soy otra persona en mi lugar de
ser,
no diré más que alguien a quien amé demasiado se robó
mi aura
y me dejó sin alma.
Lo que ves en mí es un mártir del amor,
un hombre sin espíritu
y un demonio en pena habitando mis entrañas.

Por eso ojalá cuando me conozcas te quedes a mi lado,
que ames mis heridas y tengas sed de mis sonrisas.

Ojalá y traigas tinta que borre mis tatuajes,
unas agujas nuevas para mis relojes
y una clavícula que me haga olvidar un suicidio.

Ojalá y cuando sepas quién soy
a costa de lo que era ayer

decidas quedarte y me des en tus besos
el antídoto a mi dolor.

Ojalá y me des la vida que necesito
para asesinar a mis demonios.

Tal vez y si quisieras no irte
eso será mi despertar entre las tumbas.

Porque si te quedas necesitaré mi alma de regreso
para poder amarte como un religioso ama a su dios,
o un poco más
como amé a la impostora que se robó mis atardeceres.

Azul espejo

Tatiana Amador

Tatiana Amador es graduada de la licenciatura en Psicología de la Universidad Católica de Honduras y pasante de la maestría en Neuropsicología Clínica y Neuroeducación. Ha complementado su formación con diversos cursos y diplomados tanto dentro como fuera del país. Actualmente es subinspectora auxiliar de la Policía de Honduras.

Comentario

La poesía es un acto de libertad. Liberarnos consiste en comunicar algo tan íntimo y personal que es imposible decirlo en lenguaje convencional. Esto describe el trabajo poético de Tatiana Amador. Con una voz casi confesional, Amador nos describe su mundo interior, sus fallas, placeres y pesadumbres. Estos versos piden perdón, dan instrucciones sentidas para hacer el amor —y que ella se enamore—, reflexionan sobre el sufrimiento y la muerte, estos versos incluso sirven para decir adiós. Al leerlos no conocemos en ellos una forma de hacer poesía, tocamos —aunque sólo en la imagen que nos dejan las palabras— a una mujer de carne, hueso y deseo. Escuchamos un grito de libertad. Sentimos una autenticidad tan profunda como la vida.

Hazme el amor

Hazme el amor mientras nos vemos a los ojos
y me enamoro más de vos.
Hazme el amor como si no hubiera un mañana,
porque todo lo que tenemos es hoy.

Hazme el amor como si fuera lo último que harías,
aunque en la siguiente vida será mejor.
Hazme el amor al amanecer y al atardecer,
y en el anochecer hazme implorar a los dioses del olimpo
para que unan nuestros cuerpos con amor.

Hazme el amor un domingo en la mañana
y no poner mente al despertador.
Hazme el amor en el desayuno y en la cena,
aunque en el almuerzo sería mejor.

Hazme el amor diariamente
hasta que me consuma el alma,
fiel amante y confidente,
dame todos los días calma.

Hazme el amor en la juventud y en la vejez,
hasta el último día de nuestras vidas.
Déjame buscarte y reconocerte en otra vida
para que vuelva a hacerte el amor.

Despedida

Yo no sé si me hará bien verte
o si me hará bien dejarte ir.
Sí te has convertido en la mejor parte de mí,
has sido la inspiración en mis días grises,
me has devuelto la alegría de volver a escribir.

Esto es un intercambio.
Si estás conmigo, escribo de ti.
Si no estás conmigo, escribo sin ti.
Cualquiera de las dos cosas me hace escribir
y de alguna forma recordarte.
Eso no me hará odiarte.

Es que no tenés idea de cuánto duele esta despedida.
Te extraño por las noches, pero más durante el día.
No sólo es decir adiós, es mucho más que eso.
Digo adiós a los sueños, planes y metas que imaginé
contigo.
No seas egoísta, no te lleves todos los pedazos
de este corazón partido.

Quisiera decir que me arrepiento de verte.
Que me arrepiento de haberte conocido.
Pero es que en tan poco tiempo
te has convertido en todo lo que he querido.

Pero me despido
No quiero que se te haga tarde.
Imagínate, soy yo la que quiere que te quedes,
me preocupa si tu tren ya ha partido.

Azul espejo

No habrá amor tan grande como el que te tengo,
aun en mis peores momentos
sólo pienso en estar contigo.

Querida hermana

Difícil no culparme de lo que sientes,
difícil no ser consciente de lo que veo,
es tan difícil ser vidente
de un futuro incierto, pero feo.

Me alegré por tu nacimiento,
desde la primera vez que te vi te quiero,
pero me siento tan culpable
de todo ese dolor ajeno.

Sé que no debería,
sé que yo no puedo,
querer hacerte feliz
es mi mayor anhelo.

Mi fiel amiga y confidente
de toda verdad, lucero,
te amaré hasta la muerte,
probablemente la mía será primero.

Dolor, angustia, esa soledad que sientes,
te juro, todo es pasajero.
El mismo dolor que sientes
yo lo sentí primero.

Fui al futuro y volví.
Por eso te aconsejo,
por favor, no te rindas.
eres todo lo que quiero.

Azul espejo

Llora tu dolor, odia tu dolor.
No te quedes con eso,
vive tu proceso,
aunque ese sea intenso.

Admiro la persona que eres,
en quien te estás convirtiendo.
Todo esfuerzo tiene sus batallas.
pero tú las ganarás primero

Mi confidente, querida hermana,
eres todo lo que quiero.
No hay dolor más grande
que verte así con miedo.

Mi niña valiente y luchadora,
quitarte ese dolor yo quiero,
confía en mí, tu hermana,
que eso pasará ligero.

Ya no más

¿Cómo puedo evitar el sufrimiento?
¿Cómo puedo acabar este dolor
si es tan grande e inmenso lo que siento
justo dentro de mi corazón?

No es que sea egoísta,
no es que no sepa amar,
pero en ocasiones hay que ser altruistas
cuando ya no se puede avanzar.

Esta alegría que muestro
no es más que simple dolor,
mintiendo no se llega al cielo
sino a un lugar peor.

Me levanto cada mañana
con el deseo de seguir,
pero luego suena una alarma
que me dice “ya es tiempo de morir”.

Silencioso deseo de seguir nada más,
a pesar de las dificultades
que me lleguen a pasar

No le temo a la muerte.
Le temo a no vivir
pues la muerte es inherente,
eso no lo puedo combatir.

Azul espejo

Dulce descanso eterno
el que anhelo alcanzar,
pero sé que aún no es tiempo,
aún me quedan ganas de luchar.

NARRATIVA

Azul espejo

Jeremías Cáliz

Nació en la aldea Las Pilas, Sulaco, Yoro. En la secundaria estudió Bachillerato Técnico en Marketing. Luego se graduó como licenciado en Administración de Seguridad Pública y máster en Dirección de Recursos Humanos. Actualmente es subcomisario de la Policía Nacional y se desempeña como subdirector y coordinador académico de la Universidad de la Policía en San Pedro Sula. Empezó a leer cuando abrieron la biblioteca pública de su aldea, en 2000, y desde entonces lo cautivaron las historias. En 2010 comenzó a escribir, inspirado principalmente por sus 15 sobrinos, con quienes comparte la magia de imaginar. Actualmente tiene dos libros de relatos que están en proceso de edición y pronto serán publicados.

Comentario

Los protagonistas de los dos relatos de Jeremías Cáliz incluidos en esta antología buscan escapar de la rutina. El primero de estos cuentos es como un escenario construido con palabras, para el contacto más intenso entre dos seres humanos, y una canción es el hilo que los ata. ¿No es esto como un milagro? El segundo está protagonizado por un personaje insólito, en una situación levemente más insólita,

Azul espejo

y sin embargo realista. Se trata de una confusión que a todos nos pueda pasar y por eso la sentimos cercana, aunque el protagonista sea imposible. Ambos relatos están contruidos con lúdica ligereza, a pesar de que con ellos el lector puede recordar su vida y pensar si lo que hace a diario vale la pena. Están hechos para leerse con rapidez y una especie de placer minimalista, pero son capaces de detonar los cuestionamientos más profundos. De su aparente inocencia emerge su más grande fuerza expresiva.

La música del alma

La noche estaba cargada de una vibrante energía. El Chelito, en su uniforme, había dejado atrás la patrulla y los kilómetros de carretera. Hoy no era el día de la rutina. Era el día para él. Para el Chelito. Para ese hombre que, en el fondo, sólo quería bailar y sentir el ritmo de la vida fluyendo por sus venas.

El concierto de bachata que había estado esperando durante semanas estaba por comenzar. La ciudad estaba ardiendo en luces de neón, pero para El Chelito todo desaparecía cuando el ritmo empezaba a sonar. Al entrar al recinto, la música ya podía sentirse, como un susurro que se transformaba en una ola potente de emociones. Su cuerpo vibraba al mismo compás que el corazón de la multitud. Se adentró entre la gente, buscando un lugar en primera fila. De fondo, el suave murmullo de conversaciones se desvaneció cuando el telón se levantó.

Un resplandor de luz iluminó el escenario. Y ahí estaba ella. La cantante, su voz como un hechizo, capturaba cada rincón del lugar con su poderosa presencia. Era imposible no quedarse embobado. Una mujer hermosa, con un vestido rojo que parecía fusionarse con el fuego que brotaba de su voz. Su mirada profunda y sus labios eran

Azul espejo

como una invitación a un mundo que El Chelito nunca antes había imaginado.

La música comenzó a sonar y el Chelito sentía cómo cada nota le recorría la piel. La bachata se colaba por sus venas, arrastrando sus pensamientos, llevándoselos a un espacio donde sólo existían el baile, el sonido y el deseo de moverse al ritmo de la vida. Los primeros acordes parecían un toque sutil en sus pies, invitándolo a un movimiento que no podía resistir. La guitarra, el bajo y los teclados hicieron una combinación perfecta con la voz de la cantante. "Mira qué bonito, mira qué hermoso es este amor...", cantó ella, y el Chelito sintió el hechizo caer sobre él. Ella miró al público, buscando a alguien en particular, y de repente sus ojos se encontraron. Había una conexión instantánea, como si todo el universo hubiese conspirado para reunirlos en ese preciso momento. El Chelito no pudo evitar sonrojarse, pero sus pies, esos viejos amigos de siempre, comenzaron a moverse por su cuenta. El sonido lo envolvía, su cuerpo ya no podía quedarse quieto. Y así, en medio de la multitud, comenzó a bailar, liberándose del mundo, dejando que la música guiara cada paso.

La cantante se acercó al borde del escenario, sus ojos fijos en él. Su voz, suave y sensual, parecía cantar para él. Y, como si el tiempo no existiera, el Chelito dejó que la música tomara el control. Las notas lo arrastraron, lo llevaron a un lugar donde solo existían ellos dos. El Chelito

se dejó llevar por el ritmo, y aunque sabía que el concierto estaba lejos de terminar, algo más grande estaba comenzando. Los ojos de la cantante brillaban con la misma intensidad que los suyos. Cada giro, cada movimiento de cadera, cada paso en el escenario, eran una invitación a perderse en la magia de la música, a fusionarse con la melodía de una pasión recién nacida.

Martita y el lunes que nunca fue

El cielo comenzaba a clarear, con un azul pálido teñido por las últimas gotas de la tormenta que había azotado la aldea durante toda la noche. Martita, una gata de pelaje gris perlado y ojos verdes como esmeraldas, se despertó con el sonido constante de una gotera que caía sobre el catre. Aquella mañana no sería como las demás.

Martita era conocida por su puntualidad y dedicación en el trabajo. Siempre impecable, con su uniforme perfectamente planchado y sus uñas pintadas de un elegante rojo carmín. Pero ese lunes, todo parecía conspirar contra ella.

Primero, la tormenta no solo había perturbado su sueño, sino que había dejado su hogar patas arriba. Un balde colocado apresuradamente en el suelo no fue suficiente para contener el agua que se filtraba del techo. Su hijo pequeño, un gatito de apenas dos meses, se había despertado con fiebre, y aunque ella intentaba calmarlo con suaves ronroneos, nada parecía funcionar. Su esposo, quien trabajaba en el sótano como relojero, no se percataba del bullicio de la casa. El sonido del tic-tac de los relojes que reparaba lo mantenía absorto, mientras Martita lidiaba con el caos.

Cuando la alarma sonó, Martita se levantó sobresaltada. Buscó desesperadamente su uniforme, solo para descubrir que no había electricidad para plancharlo. Sin embargo, se las ingenió para que sus bigotes estuvieran en perfecto orden y se puso su mejor vestido, uno azul celeste que resaltaba su porte elegante. Antes de salir, agarró su cartera de cuero marrón, un tesoro que había comprado en la tienda de Pancho durante una oferta imperdible.

Ya en la calle, Martita caminaba con paso apresurado, sus tacones resonando contra el empedrado mojado. En el camino se encontró con Carla, una gata de pelaje anaranjado y ojos chispeantes. Carla, siempre parlanchina, corría emocionada hacia ella.

—¡Martita! ¡Tienes que escuchar lo que pasó ayer! —dijo Carla con una voz melodiosa mientras sus bigotes vibraban de entusiasmo—. Max, el gato más guapo de San Pedro Sula, ¡me invitó a pasear por la colina! Oía a pino fresco y menta, como un jardín de primavera.

Martita sonrió, pero su mirada denotaba prisa.

—Carla, querida, me encantaría escucharte, pero hoy no puedo. Voy tarde al trabajo. Prometo que al regresar te dedico todo el tiempo que quieras, y, si lo necesitas, hasta te doy algunos consejitos. —Le guiñó un ojo antes de continuar su camino.

Azul espejo

Sin embargo, a pocas cuerdas de su destino, algo la detuvo en seco. Bajo un arbusto húmedo, un pequeño gatito lloraba de dolor. Tenía una de sus patitas atrapada en una cruel trampa para ratones. Sin dudarlo, Martita se acercó. Sus delicadas garras trabajaron con habilidad hasta liberar al pequeño. Con la ayuda de una mototaxi, envió al gatito al veterinario más cercano, asegurándose de que estuviera en buenas patas antes de retomar su camino.

Finalmente, llegó a su oficina, un edificio de ladrillos rojizos con un letrero que decía: "Oficina Central de Gatos Unidos". Intentó marcar su tarjeta de asistencia, pero el sistema emitió un pitido negativo. Confundida, fue directamente a la oficina de su jefe, un robusto gato siamés de bigotes imponentes.

—¿Qué haces aquí, Martita? —preguntó con una mezcla de sorpresa y burla—. ¿Tanto te gusta trabajar que hasta en vacaciones vienes?

Martita quedó atónita. Un relámpago de memoria cruzó su mente. ¡Era su primer día de vacaciones! Toda la prisa, el estrés y las complicaciones de la mañana habían sido innecesarias.

Se llevó una pata a la frente y dejó escapar una carcajada ronca y sincera.

—¡Qué tonta he sido, jefe! Creo que olvidé algo importante hoy: respirar.

Al salir de la oficina, la luz del sol atravesaba las nubes, iluminando las calles mojadas. Martita decidió que aquel lunes no sería un desastre, sino el comienzo de un tiempo para sí misma. Compró un café caliente en la esquina y se sentó en una banca del parque a contemplar la vida. Los pájaros cantaban tímidamente mientras las hojas brillaban con el rocío.

En ese momento, comprendió que a veces el universo tiene formas extrañas de recordarnos que hay que detenerse. Y así, con una sonrisa en su rostro y su corazón lleno de paz, Martita decidió que aquel día sería inolvidable, no por el caos, sino por la lección que le dejó.

Porque, al final, incluso los días torcidos pueden enderezarse con un poco de calma y amor propio.

Azul espejo

Josué Cadenas Ochoa

Josué Cadenas Ochoa nació el 17 de marzo de 2003 en Campamento, Olancho. Es agente de policía. Tiene publicado un libro: “Otra vez fallé en el amor”, inspirado en sus experiencias y las historias que me lo han marcado.

Comentario

Eso que llamamos amor es un ciclo. Comienza y termina. En cada comienzo pensamos que durará para siempre, sentimos que tenemos algo eterno entre las manos. La experiencia nos dice que no, pero nos aferramos con terca persistencia a la ilusión de compartir nuestra existencia con una persona. Ansiamos una eternidad en una vida que es un instante en el universo. El final nos toma siempre por sorpresa, aunque hayamos contribuido a construirlo bloque por bloque. Uno de estos ciclos se relata en el libro “Otra vez fallé en el amor”, de Josué Cadenas Ochoa, una especie de crónica de una derrota amorosa, una de las tantas que siempre tendremos. Para esta antología hemos seleccionado dos fragmentos, “Inicio de la esperanza” y “El vacío después del adiós”, principio y fin.

Inicio de la esperanza

Al principio, todo parecía sencillo. Como si el destino finalmente hubiera decidido recompensarme con lo que siempre había querido: un amor genuino, sin complicaciones, sin malentendidos. La historia de mi relación con Daniela comenzó con una mezcla de emociones y sensaciones que jamás imaginé que pudiera experimentar. Cada mirada, cada conversación, cada risa compartida era una confirmación de que todo había valido la pena. Por fin había encontrado a alguien que entendía mis silencios y mis inseguridades, y yo, por fin, podía abrirme completamente sin temor a ser rechazado.

La primera vez que nos vimos, ni siquiera estaba seguro de que sería algo más que una simple amistad. Aquel primer encuentro, en un café ruidoso de la ciudad, fue sólo el principio de lo que pensaba que sería una historia sin grandes altibajos. "Sólo un café, nada serio", me dije, tratando de no entusiasmarme demasiado. Pero algo en su mirada, una chispa de curiosidad y complicidad me hizo sentir que era diferente. Esa tarde, mientras charlábamos sobre cosas triviales y me reía por un chiste que sólo ella encontraba gracioso, algo dentro de mí se encendió. Nunca alguien me había hecho sentir tan cómodo, tan yo mismo.

No había presiones, sólo una conexión instantánea. Esa sensación de ligereza y conexión se extendió más allá de esa primera cita. Empezamos a salir con frecuencia, siempre en busca de nuevas experiencias que compartir. Cada vez que nuestros caminos se cruzaban, era como si el mundo alrededor desapareciera y sólo quedáramos nosotros, dos personas que se habían encontrado en medio del caos. Era increíble cómo en tan poco tiempo se había formado un lazo tan fuerte, casi inexplicable. Compartíamos los mismos intereses, nuestras conversaciones eran interminables y cada despedida era más difícil que la anterior. Me sentía vivo, me sentía especial. Por fin había encontrado lo que había estado buscando.

Poco después, las promesas llegaron. Promesas de estar siempre allí, de ser honestos el uno con el otro, de nunca dejar que la distancia o las circunstancias nos separaran. El amor florecía y las palabras no eran suficientes para describir lo que sentía. A veces me miraba en el espejo y pensaba que había encontrado finalmente lo que el amor debía ser: un refugio seguro, un lugar donde ya no tenía que dudar, donde la incertidumbre desaparecía.

Todo estaba bien, hasta que las pequeñas cosas comenzaron a cambiar. Al principio fueron imperceptibles, casi insignificantes. No había señales obvias de que algo pudiera ir mal. Después de todo; el amor parece eterno

Azul espejo

cuando las emociones son nuevas, cuando todo es aún un descubrimiento. Sin embargo, en mi interior, había algo que me decía que debía estar alerta. No sabía exactamente qué era, pero algo en sus palabras, en sus gestos, me hacía pensar que tal vez no todo era tan perfecto como parecía. Lo ignoré. Después de todo, ¿quién podría dudar de lo que sentía en ese momento?

Era fácil aferrarme a la idea de que todo sería siempre así, que el amor nos protegería de todo, que las promesas nunca se romperían. En ese momento no quería ver las posibles grietas. Pensaba que, por fin, había encontrado la respuesta a todas mis preguntas sobre el amor y no quería que nada, ni siquiera la más mínima preocupación, lo arruinara.

Sin embargo, sabía que no podía ignorar una verdad más profunda. Lo que comenzaba como una historia de esperanza, de promesas y sueños compartidos, era también una lección de autoconocimiento, de comprensión del amor en su forma más pura y, al mismo tiempo, más compleja. Ese inicio, lleno de posibilidades y emoción, no sabía que estaba destinado a terminar con más preguntas que respuestas. Pero, en ese momento, sólo quería disfrutar del presente, de la sensación de que, por fin, el amor era lo que siempre había imaginado.

El vacío después del adiós

El adiós, cuando llega de la forma más dolorosa, es mucho más que una simple palabra. Es un vacío, un espacio en el que se pierde todo lo que alguna vez fue familiar, todo lo que alguna vez te dio sentido. Al principio, el adiós se sintió como una liberación. Pensé que, finalmente, después de todo lo que había pasado, lo mejor sería soltar, dejar ir, cortar los lazos que me ataban a un amor que ya no existía. Pero lo que no sabía es que el vacío después del adiós sería más grande y profundo de lo que jamás imaginé.

Los días después de la despedida fueron confusos. Había momentos en los que me sentía aliviado, como si una carga hubiera sido levantada de mis hombros, y momentos en los que me sentía perdido, como si estuviera caminando por un desierto sin rumbo. El espacio que ocupaba en mi vida desapareció y con ella toda esa parte de mí que había estado definida por la relación que habíamos tenido. El vacío que dejó era tan grande que no sabía cómo llenarlo, no sabía qué hacer con todo ese espacio que, de repente, se abrió en mi vida.

La casa, que antes compartíamos, parecía vacía, aunque estaba llena de cosas. Cada rincón parecía recordar algo: una risa compartida, un abrazo, una promesa. Pero esas memorias, en lugar de consolarme, ahora sólo me

Azul espejo

sumían más en la tristeza. Las paredes, que antes resonaban con nuestras voces, ahora sólo reflejaban el eco de mi soledad. Me encontraba buscando, en los lugares más improbables, algo que me diera consuelo, algo que me hiciera sentir menos solo. Pero cada cosa que tocaba, cada objeto que veía, me recordaba lo que había perdido.

Intenté llenar el vacío de otras maneras. Salí con amigos, me refugié en mis libros, busqué distracciones que me permitieran no pensar en lo que había perdido. Pero ninguna de esas cosas funcionaba realmente. Ninguna de esas cosas llenaba el espacio que ella había dejado en mi corazón. Me di cuenta de que el vacío no era algo que pudiera simplemente rellenar con actividades o distracciones. Era algo más profundo, algo que sólo podía ser sanado con tiempo y, aunque no lo entendía en ese momento, con la aceptación de lo que había sucedido.

El dolor, aunque se atenuó con el paso de los días, nunca desapareció por completo. Había momentos en los que me despertaba en medio de la noche y sentía la necesidad de llamarla, de escuchar su voz, de saber que todo estaba bien, como si aún fuéramos la pareja feliz que alguna vez fuimos. Pero al despertar, la realidad me golpeaba con fuerza. Ya no había espacio para ella en mi vida. Ya no había espacio para nosotros. Ese "nosotros", que había sido la base de mi mundo había desaparecido, y

con ella se fueron también mis ilusiones de un futuro compartido.

Una de las partes más difíciles de este adiós fue entender que las promesas que habíamos hecho no significaban nada si no se cumplían. Durante tanto tiempo, había creído que estábamos construyendo algo juntos, que teníamos un futuro, pero ahora me encontraba solo, con las manos vacías, enfrentándome a la cruda realidad de que todo lo que pensaba que era para siempre, era solo una ilusión. Me costó comprender que, aunque el amor es una fuerza poderosa, también es frágil y, cuando se rompe, el vacío que deja es el mayor recordatorio de su fragilidad.

El proceso de dejar ir fue lento, como intentar deshacer un nudo que se había formado con el tiempo. Había momentos en los que pensaba que ya la había superado, que ya estaba listo para seguir adelante. Pero entonces, algo mínimo, como una canción que me recordaba a ella o una foto que había olvidado, hacía que el dolor volviera con fuerza. El vacío no se llenaba con recuerdos, sino con la aceptación de que la relación ya no formaba parte de mi vida. Y mientras aprendía a aceptar ese vacío, también aprendía a redescubrirme a mí mismo, a recordar quién era antes de que ella llegara a mi vida, a reconocer que, aunque el amor se fue, yo aún estaba aquí, aprendiendo a sanar.

Azul espejo

La gente me decía que el tiempo lo cura todo, pero yo sabía que eso no era del todo cierto. El tiempo ayuda, sí, pero no elimina el dolor por completo. Lo que realmente sana es la aceptación, el entender que no todo en la vida tiene que ser perfecto, que los amores no siempre tienen un final feliz. A veces, los amores simplemente terminan y todo lo que podemos hacer es aceptar ese final y aprender a vivir con ello.

El vacío, aunque profundo, comenzó a ser menos aterrador con el tiempo. De alguna manera entendí que no tenía que llenarlo de inmediato. No tenía que encontrar algo o alguien que lo reemplazara. Sólo tenía que aprender a vivir con él, con esa parte de mí que ahora era diferente, marcada por el dolor, pero también por el crecimiento. El vacío no era un enemigo. Era una parte del proceso, una señal de que algo había terminado, pero también de que algo nuevo podría comenzar, aunque no sabía cuándo.

Jairo Adalid Artica

Originario de la aldea El Majastre, Campamento, Olancho, Jairo Adalid Artica nació en 1995. Completó su educación básica y secundaria, a pesar de las dificultades económicas. Desde 2015 se dedicó a trabajar para financiar sus estudios y en 2017 terminó el bachillerato. En 2018 cumplió su sueño de convertirse en funcionario policial, aprobando los exámenes para ingresar al Instituto Técnico Policial y graduándose como agente en 2019. En 2021 fue admitido en la carrera de Derecho en la Universidad Tecnológica de Honduras, donde destaca por sus buenas relaciones interpersonales. Actualmente es uno de los 17 funcionarios de la escala básica a nivel nacional con una especialización en fisiología y como Técnico Poligrafista, siendo miembro de la American Polygraph Association (APA).

Comentario

De lo vivido nos queda la memoria, esas imágenes que crean una historia caprichosa en nuestra mente. Sin embargo, somos lo que recordamos, lo que hemos elegido inconscientemente para construir nuestro yo, el conjunto de características que nos definen hoy y con las que cada día edificamos nuestro futuro. Esto es lo que está presente en los textos de Jairo Adalid Artica, que indaga en el mar

Azul espejo

de la memoria para rescatar algunos eventos que lo han marcado. Pero no son simples eventos, son enseñanzas de vida que el autor generosamente dona a sus lectores, porque de lo que otros viven también podemos aprender. Nuestra propia memoria hará con ellos lo que quiera. Para mí, por ejemplo, uno de estos textos, “La cadete de la que me enamoré” –una delicada historia donde no se cuenta todo, pero en la que podemos intuir que algunas noches hubo fuego– tiene un título que recuerda “La espía que me amó”, una película de James Bond. Siempre me ha sorprendido lo que recordamos y siento que siempre será mejor o al menos más intenso que lo vivido.

Perfil criminal

En este caso voy a hablar de una de las actividades que aprendí. Mientras fui investigador de la Dirección Policial de Investigaciones (DPI), siempre estuve abierto a estudiar el perfil criminal de los agresores y de las víctimas. En cierto sentido, siempre me basé en dos factores: uno endógeno y otro exógeno. Esto lo conocí por un exanalista de la inteligencia estadounidense y me dio un estímulo para profundizar en el tema; como un buen policía, me fui a investigar todo lo que impulsaba a una conducta criminal.

Al estudiar los trastornos de personalidad en sus diferentes grupos, A, B y C, comencé a entender ese abanico de interpretaciones del perfil criminal. Partiendo de una estratificación y una respuesta relativa, me hice una pregunta: ¿de dónde parte la idea de ser criminal? Los expertos dicen que hay que estudiar el pasado del agresor, su perfil psicológico, su modus operandi y rasgos de personalidad. Según el análisis criminal, el 21% de lo motiva al agresor son sus condiciones o sus lastres emocionales, y en un 79% los criminales lo hacen por venganza, porque tal vez ellos en el pasado fueron víctimas. Por eso es muy significativo observar la firma del criminal. La mayoría dejan una marca o patrón delictivo que

Azul espejo

proporciona un vínculo o enlace entre escenas del crimen.
Nosotros debemos conocer esto para reducir la línea de investigación.

Policía interior

Querido policía, tú impacto en otras personas es mayor de lo que crees. Alguien todavía se ríe recordando esa ayuda valiosa, esa madrugada, muchas madres agradecen ese traslado con dilataciones hacia el hospital, esa recuperación de su hijo o de su familiar, esa investigación eficiente... te admiran en silencio y los consejos que has dado han marcado corazones. Tu existencia hace la diferencia y alegras la vida de tu familia. Tu presencia genera seguridad donde quiera que vayas. Tus familiares se sienten respaldadas y seguros, aman tu tiempo con ellos. Así que valórate, actuando con honestidad y transparencia. Dale a ese uniforme credibilidad y confianza, eres fundamental para Honduras. Yo, en lo personal, hoy estoy agradecido con Dios por hacerme formar parte de esta honorable carrera.

En mi diálogo interno siempre tengo presente que antes de ser policía yo ya era una persona con pensamientos de calidad y buenos valores. Ahora, el saber que por la gracia de Dios soy policía, el policía de mi familia, esto me ha ayudado a ser más disciplinado, a ver el mundo desde varias perspectivas, a tener más amor propio, a ayudar a los demás, a desarrollar prudencia, a cuestionar

Azul espejo

mi actuar; debo ser el más educado de mi familia, tengo el compromiso moral de dar el ejemplo a mis hermanos, desarrollar obediencia hacia personas que jerárquicamente están sobre mí, ser líder en lo que se me asigne, trabajar con eficiencia, ser proactivo sin que me lo exijan, ser íntegro ante el ofrecimiento y negarse a actividades ilícitas, no encubrir a nadie, hablar con la verdad, a entrenar duramente tanto física como mentalmente; debo ser autodidacta en materia de seguridad. A esto y muchas cosas más le llamo respirar como policía. Siempre recuerdo esto.

“Ser policía es entender que la preparación es infinita porque la excelencia no tiene fin”: Escuela de Comandos

Antes nunca tuve nada

Yo crecí y estudié muchas veces con mis zapatos descocidos. Antes no tenía nada materialmente hablando. Era un niño de 18 años, un adolescente que carecía de muchas cosas. En la policía fue donde comenzó todo: mi primer salario, conocer lugares, involucrarme en la sociedad... La policía creó mis propios retos, generó ese estímulo a estar abierto a la información y hoy, después de 6 años, agradezco saber que esta pasión, este apostolado, me convertirá en un gran abogado pronto. Espero que haya oportunidades institucionales, porque he escuchado a muchos niños decirme quiero ser policía. Ojalá se les cumpla su sueño.

Amo el esfuerzo de aquellos compañeros policías que estuvieron en cualquier formación sin dinero, que esperaban un pedazo de mamá del compañero, a quienes el compañero más cercano les daba refresco en el receso, aquellos que no tenían el pasaje para ir de fin de semana y se quedaron encerrados voluntariamente. Ustedes son de los míos, no se olviden de eso. Al final no debemos cambiar, independientemente el cargo que ejerzamos; ustedes y yo venimos de abajo, siempre vamos a recordar que antes no tuvimos nada y eso es motivación para nunca

Azul espejo

corromperse y ser mejor ser humano, velar por el cumplimiento de la ley.

La cadete de la que me enamoré

Era el mes de noviembre del año 2024 y me encontraba en una etapa de mi vida en la que estaba sanando, en un proceso doloroso, cambiando mis hábitos, queriendo conectar conmigo mismo, trabajándome, queriendo mejorar con las personas de mi entorno. Estaba edificando mi personalidad. Tenía días de poca atención hacia los demás porque estaba en una de esas etapas donde tocas fondo por ser más auténtico. Durante esa lucha interior, mientras pensaba cómo cambiar mi vida, una tarde de sol vi a una señorita correr por las instalaciones de la gloriosa Academia Nacional de Policía (ANAPO).

Ella estaba en segundo año académico, se notaba muy cansada imagínate, con sueño y problemas personales quizá. Me saludó y continuó su marcha; nos gustamos. Yo había leído un libro romántico que se llamaba “Amores imposibles y, por lo tanto, no vi una señorita cadete, vi una obra de arte en una tarde de sol. Su desplazamiento lo disfruté como si fuera una copa de vino del mejor. Imaginariamente me trasladé al muelle con música de fondo, su trote se sintió como el rasponcito en la garganta cuando ingieres vino. Esa obra de arte me enseñó a inspirarme de nuevo en el amor. Después pensé que era un

Azul espejo

amor imposible, por el reglamento que la rige. Sus sueños no agregan sentimientos en su vida, tal vez desde el trato que recibe le mataron la sensibilidad emocional. En cambio, yo que he fracasado en el amor muchas veces, desde hace dos años estoy trabajando mis sentimientos, mis acciones, para ser una mejor versión para alguien.

Ese día me pregunté ¿qué pasaría si la cadete y yo platicáramos? Entonces busqué un acercamiento mediante la ley de la atracción. La experiencia me dejó claro que sí debemos gastar energías intelectuales en los amores imposibles, porque una semana después mis ojos chocaron con los de ella y ahí estábamos dependiendo de una ilusión, amor genuino, comunicación visual, pensamientos internos fuertes de mi parte. En ese momento pensé: estoy entre intentarlo o dejar que la naturaleza se encargue de mi vida; sin embargo, el universo será testigo de las locuras que haré por ella. Nos conocimos, ella correspondió, pero manifestó no estar lista para dedicarme tiempo, por su formación.

Allí entendí muchas cosas. Quizá muchos se han enamorado de cadetes, pero las perdieron por distintas razones. Qué triste porque mi piel la necesitaba todas las noches a las 20:00 horas. El día de hoy me siento bien porque conoció de mí la forma de pensar y eso me basta; creo en el amor por la forma en que yo entrego mis energías sentimentales y mi contacto afectivo. A todos los

compañeros policías que se enamoraron y que están en una relación con una compañera de armas, les deseo que disfruten de ese tiempo de calidad, de tener a su policía, y que viva el amor a nivel institucional.

Azul espejo

Karen Verónica Martínez Hernández

Karen Verónica Martínez Hernández es originaria de Tegucigalpa. Es madre de cuatro hijos. Es abogada y miembro activo de la Policía Nacional de Honduras, donde actualmente tiene el grado de inspector. Actualmente trabaja en su primer libro, en el que cuenta sus memorias: “Corazón blindado”.

Comentario

La escritura de una autobiografía puede servir para saber cómo hemos llegado a ser lo que somos. No tiene por qué ser un simple registro de acontecimientos, puede convertirse en una disección de nuestro pasado, en una exploración de los hechos que han marcado nuestra vida; vista así, se trata de una explicación que se busca en el proceso creativo. Al final, a los otros les mostramos una construcción que hemos hecho sobre nosotros mismos. A diferencia de la vida, que es impredecible, en una autobiografía es fácilmente entendible la serie de causalidades que nos han conducido al momento en que escribimos. En ese momento es cuando definimos lo que fuimos y lo que somos. Karen Verónica Martínez Hernández busca esto en “Corazón blindado”: dar

Azul espejo

testimonio de cómo se ha hecho a sí misma. La mujer que se cuenta se abre camino en la adversidad, alcanza sus sueños, es madre, policía, ayuda a otros y se hace mejor con cada cosa que vive. Para acercarnos a este personal universo, en esta antología publicamos los dos primeros capítulos de lo escrito por Martínez Hernández.

Donde empezó todo

Hay recuerdos que no se borran jamás. No porque hayan sido grandes acontecimientos, sino porque sembraron en silencio una semilla que con el tiempo se volvió destino.

Yo tenía ocho años y mi hermano apenas seis. Íbamos juntos en un bus de la ruta urbana, sentados al lado de la ventana mientras avanzábamos hacia el Reparto por Arriba. Éramos tan pequeños, tan inocentes y, al mismo tiempo, tan valientes sin saberlo. A esa edad ya nos movíamos por la ciudad como si la entiésemos, aunque por dentro sólo buscábamos sentirnos a salvo.

Recuerdo perfectamente ese momento. El sol entraba a través del vidrio, iluminando mi rostro mientras mis ojos se perdían en la calle. De pronto, los vi. Dos policías parados en la acera. Pero no eran sólo dos uniformes cualesquiera... entre ellos una mujer.

Policía femenina. La primera que mis ojos veían. Se erguía con firmeza, con una expresión de autoridad que no dejaba de ser femenina. Tenía algo que me dejó sin aliento. Fuerza, decisión, presencia. Algo dentro de mí se encendió. En ese instante lo supe, como una promesa que no se dice en voz alta, pero que se graba en el alma. "Un día seré como ella. Un día seré policía. Y salvaré muchas

Azul espejo

vidas".

No sé cómo explicarlo... Fue como si esa imagen le diera sentido a todo lo que yo sentía y aún no comprendía. Tal vez fue el primer momento en el que me sentí inspirada. Tal vez fue cuando, sin saberlo, le puse nombre a mi propósito. No era un sueño infantil. Era una convicción.

Desde ese día empecé a ver el mundo con otros ojos. Sabía que quería ser fuerte, valiente, útil. Que quería proteger. Que quería marcar una diferencia.

Y aunque aún me faltaba vivir mucho —caídas, amores equivocados, maternidades tempranas, lágrimas silenciosas—, esa imagen nunca me abandonó. Esa mujer en uniforme se convirtió en un faro. Y cada vez que dudaba de mí, volvía a ese día. A ese sol que me acariciaba la cara mientras la niña que era decidía quién sería.

Ese fue el comienzo de todo. No sólo de mi historia, sino de mi vocación. De la mujer que hoy escribe estas líneas, con el alma llena de cicatrices... y de vida.

Entonces ocurrió algo inesperado: ambos subieron al bus. Sentí cómo mi corazón se aceleraba mientras caminaban por el pasillo. Pero mis ojos no podían apartarse de ella. La miré de principio a fin. La forma en que sostenía su arma, su postura segura, el respeto que imponía con sólo estar allí... Era como si el mundo se detuviera sólo para que yo la viera.

No pude dejar de mirarla. Y en ese momento sentí una ilusión tan grande que el pecho apenas podía contenerla.

"Un día seré como ella. Un día seré policía... y salvaré muchas vidas". Me lo prometí en silencio. Esa promesa no necesitó palabras, pero se quedó en mí para siempre. Desde ese día, cada vez que alguien me preguntaba qué quería ser cuando fuera grande, respondía con firmeza: "Policía y abogada". Lo decía con orgullo, con la inocencia de quien no sabe aún las vueltas que dará la vida... pero con la seguridad de que ese deseo nacía del alma.

Años más tarde, ese sueño que comenzó en un asiento de bus se volvió realidad. Cumplí ambas promesas: fui policía. Fui abogada. Y salvé muchas vidas. Nunca olvidé ese día porque fue ahí donde nació todo. Donde nació la mujer que un día, sin saberlo, empezaría a escribir esta historia.

Convertirme en madre

Hay decisiones que uno planea y otras que simplemente llegan... y te transforman para siempre.

Me convertí en madre siendo casi una niña. No sé si alguna vez estuve preparada, pero sí sé que ese momento partió mi vida en dos. Antes de ser mamá, mis preocupaciones eran otras. Después, todo cambió. El miedo se volvió más real, pero también el amor.

Recuerdo ese primer embarazo como un torbellino de emociones. Tenía el cuerpo de una joven y el corazón lleno de preguntas. Había noches en las que me abrazaba el miedo y otras en las que me hablaba al vientre con ternura, pidiéndole al universo que me diera fuerzas. Porque sabía, muy dentro de mí, que ya no podía vivir sólo por mí... ahora tenía que cuidar, proteger, amar y sobrevivir por alguien más.

Cuando nació mi hija Diana sentí algo que no se puede explicar con palabras. Era como si el mundo se detuviera. Como si mi alma hubiera encontrado por fin una razón para quedarse entera. Su llanto fue el primer sonido que me hizo sentir madre... y valiente.

A su lado crecí. Aprendí a hacer con amor lo que no sabía hacer con experiencia. Me equivoqué muchas

veces, pero jamás dejé de intentar ser la madre que ella merecía.

Después llegarían mis otros tres hijos: Christopher, Hetzer y Karen. Cada uno trajo consigo una enseñanza nueva, un espejo distinto. Con ellos aprendí que el amor se multiplica, no se divide. Que se puede estar cansada, herida, agotada... y aun así tener fuerzas para seguir luchando solo por verlos bien.

Pero ser madre trabajadora nunca es fácil. Y ser madre policía lo es aún menos. Después del nacimiento, todas las madres sufrimos al tener que dejar a nuestros hijos para volver al trabajo. Pero para una mujer policía es doblemente difícil. No sólo se trata de dejarlos unas horas, sino de saber que muchas veces no volverás en la noche, que no podrás arrullarlos ni verlos dormir. Que estarás en la calle sirviendo a los demás, mientras tu hijo necesita una madre presente.

Falté a muchas citas médicas, a vacunas, a controles importantes... y eso, aunque sé que era necesario, dolía en el alma. Mis hijos nacieron prematuros. Frágiles, pequeños, valientes desde el primer día. Y aun así, muchas veces no pude estar a su lado en los momentos más delicados. Tenía que trabajar, tenía que luchar por ellos, tenía que salir cada día con la promesa de regresar... aunque no siempre fuera posible.

La maternidad me hizo mujer antes de tiempo.

Azul espejo

Pero también me dio un motivo para no rendirme nunca. Ser madre me enseñó que el verdadero valor no está en lo que se da, sino en lo que se entrega con el alma. Y yo, a mis hijos, les he entregado todo.

Cisne Negro

Nadie sabe quién es realidad el autor que publica bajo el seudónimo del Cisne Negro. La siguiente descripción, igual que los dos relatos que hoy publicamos, la tomamos de la revista Educación y Cultura Policial: “Es casi seguro que se trata de un policía, las historias que nos envía tratan sobre el diario vivir de los policías, por eso lo sospechamos. Cuenta los hechos detalladamente, con una sensibilidad casi femenina que lo hace reparar hasta en el mínimo detalle humano, así que también hemos sospechado que se trata de una mujer, tal vez una agente de policía de esas que se han formado en el trabajo de calle. O tal vez es hombre, un policía con espíritu de cronista que ha decidido contar la ciudad, sus aventuras casi surrealistas entre el tráfico, el calor y la bulla. Igual es sólo una sospecha. En realidad, hemos concluido que no nos interesa la verdadera identidad del Cisne Negro, lo importante son sus historias, vivencias de policías que merecen ser narradas y conocidas”.

Comentario

Del clase Pastrana y la agente Díaz Girón, los protagonistas de los dos relatos del Cisne Negro que antologamos, se

Azul espejo

puede decir que son personajes encantadores y, aunque no son totalmente realistas, están contruidos pieza a pieza con el molde de los policías que trabajan a diario en las calles de Honduras. En su nobleza y vocación de servicio, todos podemos encontrar un poco de esperanza. Sus aventuras están hechas con humor y un toque crítico que cuestiona con sutileza la eficacia de la justicia. Pero quizá lo mejor de estos relatos es que, a pesar de su brevedad, los personajes, a través de sus experiencias, van cambiando su punto de vista sobre un hecho, y con ellos el lector tiene también viaja, comparte sus peripecias, para ver las cosas de una manera diferente a aquella con la que empezó el relato. El lenguaje en que están narradas estas pequeñas odiseas cotidianas transmite el calor, la confusión de las calles y la idiosincrasia de las personas inmersas en los acontecimientos. Al leerlos se tiene la impresión de que somos curiosos en un mundo que está a la vuelta de la esquina, pero que no habíamos podido conocer.

¡Oficial, oficial, me acaban de asaltar!

Esta historia casi termina con el sonido del cerrojo de un arma y un contundente *¡manos arriba!*

Empieza como cualquier típica mañana en Tegucigalpa. El día está sumergido una ola de tráfico que parece interminable. No puede faltar el sonido de las bocinas y uno que otro insulto de algún ciudadano alterado porque va tarde a su trabajo o cualquier otro lugar de destino. Creo que a veces se trata de gente que sólo sale a pasear e insultar porque está aburrída. Los escapes de los carros truenan y expelen una humareda negra y caliente que se te queda pegada en la piel y en los conductos nasales.

Este escenario es algo que nuestros agentes de tránsito están acostumbrados a ver. Costumbre que han adquirido no por placer, sino porque el ejercicio de sus funciones así lo ha obligado. Aquel día todo parecía marchar normal y el clase 1 Pastrana sonreía con una especie de júbilo matinal: al finalizar el tráfico más pesado se avecinaba una mañana tranquila. Al menos eso creían él y su compañera, la agente Díaz Girón, quienes se encontraban ejerciendo sus labores frente al Estadio Nacional de Tegucigalpa.

Azul espejo

Faltaban sólo unas horas para finalizar su turno y ellos se imaginaban con taza de café negro y dos mamas enormes frente al negocio de doña Chona. De pronto pasó eso a lo que todos los policías le temen antes de finalizar su turno de servicio, un evento inesperado de esos que obligan a las personas habitualmente calmadas a hablar rápido y entrecortado. Al principio parecía algo inocente: a lo lejos, una persona se acercaba cada vez más, con prisa y desesperación. Se trataba de una señora que acababa de tener el peor de los sustos, se miraba colorada, sus nervios estaban a flor de piel. Y gritó:

—¡Oficial, oficial! Mire que ese señor nos acaba de asaltar y anda armado.

—¿Dónde? ¿Quién? —dijo en el acto el oficinero Pastrana.

—Ese que va allá, subiéndose en ese bus, con el suéter rayado.

—¡Haga algo, por favor!

Inmediatamente el policía corrió tratando de alcanzar aquel bus donde se trasladaba el dueño de lo ajeno. Cuando este hombre observó que alguien lo seguía, miró hacia todos lados como bestia acorralada y decidió abandonar la unidad de transporte justamente frente al semáforo, que en ese momento cambiaba de color verde a

rojo. Nadie juzgue mal una decisión tan atolondrada, hay que recordar que en situaciones de estrés no siempre decidimos bien.

El policía, que en ese momento llevaba una cuadra de desventaja, apenas observó la acción del delincuente, pero en ese instante le vino una idea a la cabeza. Sin dudar, abordó la parte trasera de una motocicleta cuyo conductor se encontraba en primera línea esperando el cambio de semáforo. Con voz firme y como si se tratara de algún subalterno, le ordenó al sujeto: ¡Sigamos a ese hombre que es un ladrón!

El joven motociclista, que en ese momento fue recorrido por un escalofrío que le hizo temblar desde el bajo vientre hasta la barbilla, sin dudar y con mucho entusiasmo acató la orden. Aceleró cuanto pudo, imaginándose como uno de los personajes principales de esa aventura inesperada.

Con la adrenalina corriendo por su sangre, Pastrana, desde la parte de atrás de la moto, prestó atención por primera vez a su compañera. No le había dado ninguna instrucción, por lo que no esperaba que imitara su acción, pero ella estaba justo a la par, en otra motocicleta, con aire de estar persiguiendo una fiera en un safari.

Azul espejo

El ladrón mientras tanto corría como un atleta olímpico entre la multitud. Tomó entonces por un pasillo estrechísimo por donde las motocicletas no podían seguir. Los policías se bajaron rápidamente y, antes de seguir, agradecieron a los ciudadanos por su gran colaboración en la persecución. De ahí en adelante continuaron la búsqueda “a pie”, interrogando a varias personas sobre el destino del delincuente. Las respuestas obtenidas eran “*por sí abí se metió*”, “*agarró derecho*”, “*por ahí*”, “*dobló a la izquierda*”, “*lo vi correr hacia la derecha*”, etc. Era como como ser un barco de velas en medio de un huracán.

Al fin llegaron a una cuadra llena de negocios, entre ellos una tienda de ropa usada.

—*Empecemos por aquí* —dijo Pastrana—. *Quédese usted afuera por si sale* —le indicó a su compañera.

La gente se reunía en lugar como atenazada por la curiosidad. Reaccionaban asombrados a lo que sucedía, atentos a la escena que ante ellos se presentada, olvidando así la cotidianidad del día, el calor y hasta el desempleo.

—*Señora, disculpe, buenos días, andamos buscando una persona que acaba de asaltar un bus* —le dijo Pastrana a una abuelita que estaba enfrente de una venta de ropa *y luego procedió a describir la vestimenta del sujeto. —Creemos que aquí está—.*

—*Aquí no está*—dijo la señora, algo nerviosa y pedante—, *pero pase*.

Una vez dentro de la tienda, Pastrana observó con detalle a cada persona que se encontraba ahí. Le llamó la atención un tipo que usaba una gorra y fingía buscar ropa en uno de los percheros. Su intuición de policía le permitió pronunciar con satisfacción un pensamiento en voz alta: *jeste es!*

—*Caballero, permítame su registro*.

El hombre hizo el intento de moverse y se llevó una mano a la cintura, como buscando un arma. Pastrana reaccionó rápidamente, sacó su arma, le quitó el cerrojo y pronunció un contundente: *¡Manos arriba!*

En su intento de evadir la justicia el asaltante ya se había cambiado de ropa. En el registro de su mochila encontraron un suéter rayado, una navaja, un par de patines, un pasamontaña, una cartera de mujer y, lo más sorprendente, un arma de juguete.

Pastrana salió de la tienda como un héroe, con el sujeto “esposado”, en un pequeño desfile acompañado de expresiones de aprobación. “¡Esta bueno que atrapen a esos ladrones!”, se escuchaba decir a la multitud de curiosos.

Azul espejo

Lamentablemente, al regresar al lugar donde comenzó la persecución, ya no se encontraba la señora que informó sobre lo sucedido. Se había marchado y con ella se llevó la posibilidad de anteponer una denuncia formal para encarcelar un buen tiempo al ladrón. Se remitió al susodicho a los tribunales con la evidencia presentada, pero el fiscal determinó que no era suficiente. Y es así como la hazaña del día terminó con una simple remisión de 24 horas en una de las postas de Tegucigalpa.

El resto de la mañana, Pastrana y la agente Díaz Girón miraron cómo el tráfico se hacía cada vez más raro y pensaron que a las 12 del mediodía habría una ola de carros interminable, que el pavimento estaría tan caliente que podrías hacer tortillas en él y ellos estarían donde doña Chona. Sonrieron mientras cada uno se imaginaba tomándose un fresco bien helado.

—*En la tarde nos tomamos el café*—dijo Pastrana. En la calle, un taxista gritó algo que se perdió en el viento.

Ese pájaro es mío

El clase 1 Pastrana se paró frente al avión y sintió miedo. Pensó que iba extrañar el humo de Comayagüela, los gritos de los conductores y, claro, la sonrisa de la agente Díaz Girón. Recordó la vez que persiguieron, como copilotos en las motos de dos ciudadanos voluntariosos, a un ladrón cerca del Estadio Nacional. Es tigre Díaz Girón, se dijo cariñosamente. En ese momento nunca hubiera pensado que una niña terminaría robándole y que un mensaje le causaría tanta risa y tanta cólera.

El comandante lo había llamado y simplemente le había dicho “usted va para Europa mañana, Pastrana”. Él sintió el resplandor del asfalto, el calor del mediodía que subía desde sus botas tácticas hasta la coronilla de la cabeza, donde se encontraba con los rayos del sol de agosto, y alcanzó a mirar cómo un ciudadano le sacaba el dedo índice a otro desde la comodidad del aire acondicionado de su vehículo.

—Entendido, señor.

—Pase a recoger el boleto. Va a estar un mes allá capacitándose sobre cómo el cambio climático genera delincuencia. Póngase tigre que todo lo que aprenda allá tendrá que usarlo para mentorizar a sus compañeros

Azul espejo

cuando regrese acá.

Eso lo había traído a las puertas de este avión, pero antes a la sala de espera de un aeropuerto que le recordaba la estación de buses del mercado —aunque sin el olor a ciudadano asoleado—, al carro de un amigo que le había dado jalón y a la posta donde guardaba sus pertenencias en la maleta vieja que ahora llevaba en la mano. Ya estaba un poco arrepentido de caminar hacia el tubo de metal donde volaría nueve horas sostenido sobre nada. Incluso las calles de Comayagüela le parecían ahora más seguras.

Se detuvo a comprar un café en el Espresso Americano, mientras alguien decía “grupo dos por el altoparlante” y todos corrían hacia la puerta de embarque, como si no hubiera suficientes asientos en el avión. Miró su boleto: Asiento 20G, al centro, tendré que aguantar las ganas de mear, pensó. Le dio ganas de pedir rebaja, pero ya era demasiado tarde. No podía llamar al comandante y decirle “Señor, no puedo ir porque tengo problemas familiares”, después de todo ya tenía listo su uniforme diario, sus pantalones más elegantes, sus camisas de salir y sus dos pares de calcetines en la maleta. Allá compraré unos calzoncillos europeos había pensado mientras metía todo con orden aprendido en la maleta.

Se sentó, sacó las mamas que había comprado en la pulpería de doña Chona y volteó para ver la fila. Entonces miró a la niña, Tenía cara de pasajera.

—Señor, usted me cae bien, así que quiero venderle este pajarito.

Era un ave de madera con un imán, uno de esos adornos innecesarios que se pegan en las refri.

—No tengo dinero, hija --contestó Pastrana.

—Como usted me cae bien, se lo voy a regalar entonces.

—No puedo aceptarlo --hija.

—Yo se lo regalo, señor.

—Y a cuánto lo vendés

—100 lempiras.

—No tengo tanto dinero.

—Es que yo se lo voy a regalar.

—Está bien, te doy 50 por él.

—No, señor, yo se lo regalo.

—No puedo aceptarlo, tomá, deme el vuelto.

—No tengo dinero, señor, no puedo darle los 50 vuelto.

—Está bien, dame el pájaro y quédate con los cien.

—Gracias, señor.

Azul espejo

Pastrana tomó el pájaro. Era una guara. Las alas temblorosas estaban hechas de resortes. Era bonito e ingenioso, pero no valía más de 30 pesos. La niña se fue hacia el Espresso y compró un Mocaccino Supremo, luego caminó hacia la fila. Pastrana no se sintió estafado, más bien tenía la impresión de haber hecho un bien. Se sentía tan feliz que al principio no escuchó a la mujer que estaba parada junto a él.

—Disculpe, señor, ese pájaro es mío, es un regalo para mi hijo, se me cayó, lo he buscado mucho por el aeropuerto, no pudo dejar de llevárselo a mi hijo—. Habla con unas erres extrañas, quizá alemanas o rusas, pensó Pastrana con sus pocos conocimientos de los acentos del mundo.

—¿Perdone?

—Señor, le digo que ese pájaro es mío.

—Y cómo sabe que es su pájaro.

—Porque tiene escrito el nombre de mi hijo en el pecho, Fabián, se lo compré así.

Pastrana volteó el pico del pájaro hacia arriba y leyó lentamente, como si estuviera escrito en otro idioma. Tiene razón, pensó, y giró la vista hacia la fila, hacia donde

se había dirigido la niña. No la vio. La señora extendió la mano, Pastrana le entregó el pájaro con una sonrisa.

—Qué bueno que su hijo estará feliz, señora. Lo acabo de encontrar botado, pero me alegra hallar al dueño —esto es lo que hace un buen policía, se decía en su mente.

La señora le dijo gracias, tomó el pájaro y se fue hacia la fila. Pastrana miró el celular, abrió el wasap y leyó el último mensaje de la agente Diaz Girón. Se recostó en la silla. No podía creerlo. Estaba enojado, pero lo que leyó le pareció tan tonto que también le daba risa. ¿Qué habrá detrás de todo esto?, se decía, mientras tomaba su mochila para luego caminar hacia la fila. No había restos de la mujer ni de la niña. Afuera empezaba a llover. Pastrana miró el avión y volvió a recordar que le daba miedo volar.